

OLGA SALAR

UN
MARQUÉS
PARA *mí*



**Un marqués para mí.
Serie Nobles nº 4**

Un marqués para mí.
© Olga Salar.
Primera edición 2018
Fotografía de portada: Alicia Vivancos. Istock Photo.

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o *transformación* de la obra, solo podrá realizarse con la autorización expresa de los titulares del copyright.

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Epílogo](#)

[Sobre Olga Salar](#)

[Otras obras de la autora](#)

Prólogo

«Otro maravilloso enlace ha tenido lugar esta tarde en Londres. La novia estaba preciosa y las malas lenguas comentan que se ha visto al novio llorar de emoción al verla».

Revista Secretos de sociedad.

Se había convertido en una costumbre, esa temporada, que Lady Alice Alvanley asistiera como invitada especial a las bodas de sus amigas. Quizá se debiera a que era la primera vez en mucho tiempo, casi desde la fatídica muerte de su hermano gemelo, Martin, en la que realmente podía decir, sin ningún género de dudas, que tenía amigas.

Fuera como fuera, se sentía dividida entre la felicidad de las mujeres que le habían devuelto la ilusión de compartir secretos y risas y la preocupación por su propia situación personal.

Por mucho que había tratado de conseguir una propuesta de matrimonio que aceptar, no había conseguido más que indeseables cazafortunas, libertinos irredimibles o viejos decrepitos. Y aunque durante un tiempo creyó que su desesperación la haría aceptar cualquier propuesta, lo cierto era que se había topado con que tenía escrúpulos y no estaba dispuesta a arriesgar su futura felicidad para escapar de su actual tristeza.

—Alice, ¿te encuentras bien? —inquirió una voz profunda que hubiera reconocido en cualquier parte.

Fingiéndose despreocupada se dio la vuelta, sonriéndole al marqués de Hawkscliffe, hermano de la novia y de un tiempo a esa parte, un inesperado amigo.

—Perfectamente, gracias por tu interés.

Él no trató de ocultar el hecho de que no creyera sus palabras.

—Esto sí que no me lo esperaba —musitó él, consciente de que no necesitaba más para que ella mordiera el anzuelo.

En las últimas semanas había llegado a conocerla, al menos, todo lo que ella le había permitido que lo hiciera. Porque a pesar de sus modales directos y de su carácter franco, Lady Alice era una persona extremadamente difícil de conocer. La parte más sustanciosa de su personalidad la guardaba con mucho ahínco tras sus salidas de tono y sus provocadoras palabras.

—¿A qué te refieres?

Hawkscliffe hizo como si no hubiese sido consciente de haber pronunciado sus pensamientos en voz alta.

—¿Cómo dices, milady?

Ella arrugó el ceño.

—Pregunto a qué te referías con lo que has dicho de que no te lo esperabas. No has aclarado qué es lo que te ha sorprendido.

—Disculpa, no me había dado cuenta de que hubiese dicho nada.

Ella, en un arranque de mal humor, se puso las manos en la cintura y le miró con fijeza.

No le importó que estuvieran en la mansión del marqués, rodeados de la flor y nata de la alta sociedad londinense. Ella quería saber lo que estaba pensando ese hombre y estaba decidida a que él se lo dijera.

—¿Te estás burlando de mí?

A Lucius le brillaron los ojos por la diversión, aunque se apresurara a negarlo.

—Por supuesto que no, querida, ¿cómo puedes pensar eso?

—¿Entonces?

Él suspiró, como si se diera por vencido y, tratando de ocultar su sonrisa, habló abiertamente.

—Simplemente me sorprende que no me hayas dicho la verdad. Es evidente que te preocupa algo y, dado el interés que anteriormente mostrabas por mi cuñado... me estaba preguntando si te han roto el corazón.

—¿Cómo... cómo puedes pensar eso? —Balbuceó—. Creía que había dejado claro que mi interés era fingido y solo atendía a tratar de ayudar a una amiga. Tú hermana — clavó su dedo en el pecho del caballero, movida por el enfado.

El marqués se encogió de hombros.

— Me refería a lo que sucedió antes del regreso de Caroline de Florencia.

Alice supo que tenía el deber moral de contarle la verdad, aunque solo fuera para que dejara de preocuparse por ella. Desde que estrechó su amistad con Lady Victoria Middlethorpe, había comenzado a recordar lo que significaba que alguien se preocupara por ti.

Por todo ello, enlazó su brazo al de Lucius y le instó a caminar.

Él no opuso resistencia, demasiado curioso por saber lo que ella pretendía confesarle.

Con mucho cuidado de no ser interceptados, Lucius la llevó hasta su estudio y esperó a que ella tomara asiento frente a su escritorio y se decidiera a hablar.

En cualquier otra ocasión jamás la habría llevado hasta allí; no obstante, en esos mismos instantes su casa estaba a rebosar de gente, lo que le permitía ciertas licencias. Aun así, se aseguró de dejar la puerta abierta.

—Nunca he sentido nada por el vizconde, como bien te he explicado — anunció por fin—. Deseaba casarme con él porque es de los pocos caballeros de los que me podría llegar a fiar.

El marqués la observó con curiosidad.

—¿Puedes ser más precisa?

Ella asintió cabizbaja.

—Me niego a salir de una prisión para meterme en otra. Necesito un

marido que respete mis opiniones y que no trate de ser mi dueño.

—Pero cuando te cases tu esposo será tu dueño —comentó él.

Ella sonrió con tristeza al tiempo que se levantaba de la silla.

—Es por eso por lo que usted no estaba en mi lista, milord, y el vizconde sí — apuntó volviendo de repente a hablarle con formalidad.

Como si su amistad se hubiera disuelto de repente.

Con la espalda erguida y una dignidad admirable, se dirigió a la puerta para marcharse, no obstante, se detuvo un segundo para enfrentarle por última vez.

—Milord, dada nuestra reciente amistad le voy a ofrecer un consejo sincero que le será muy útil en el futuro. Si desea encontrar esposa alguna vez, guárdese para sí mismo este tipo de comentarios como el que acaba de hacerme, de lo contrario ni su título ni su dinero serán suficientes para que una mujer inteligente se case con usted. —Y antes de darle tiempo a Lucius de responder se marchó de regreso a la fiesta.

Capítulo 1

«Ayer soñé contigo y fue el sueño más bonito que he tenido en meses. Después me desperté, y aunque traté de volver a dormirme para volver a verte, no lo conseguí. Te echo de menos... Más de lo que nunca seré capaz de expresar».

Fragmento de una carta no enviada de Lady Alice Alvanley a Lord Martin

Alvanley.

La temporada estaba dando sus últimos coletazos y Alice sabía que el desastre era inminente. Sus padres se marcharían a Kent y la arrastrarían con ellos. A pesar del poco interés que sentían por su compañía, la obligarían a acompañarlos porque era indispensable para su familia guardar las apariencias.

Gracias a Dios, le quedaba una posibilidad de escape. Sus nuevas amigas parecían haberse puesto de acuerdo entre ellas para invitarla a pasar tiempo en sus respectivos hogares.

La primera en ofrecerle una salida digna a malvivir en Kent con sus progenitores había sido Brianna. Alice sabía que su madre no se negaría a dejarla ir a la casa solariega de los duques de Rothgar.

Su siguiente destino, si aceptaba la ayuda de sus amigas, estaba en Somerset, en el hogar familiar del vizconde de Edgehill, al que Caroline la

había invitado.

Aun así, todavía disponía de cuatro semanas antes de que la alta sociedad en pleno abandonara Londres. Lo mejor de todo era que iba a disfrutarlas en soledad, ya que la aparición inesperada del primo de su padre y heredero del condado había propiciado la estampida de sus progenitores a la casa de campo de la familia, seguramente decididos a que el heredero no se llevara nada antes de tiempo.

De cualquier manera, la avaricia de su primo jugaba a su favor. Todavía estaba a tiempo de comprometerse o de ganarse el interés de algún caballero adecuado. Tan solo tenía que descubrir cuál de ellos era el indicado para ser su esposo.

Decidida a tomar las riendas de su futuro, se limpió las manos de tierra en el delantal y tocó la campanilla para avisar a los criados.

A los pocos segundos apareció uno de los lacayos.

— ¿Desea algo, milady?

— Sí, James. Trae papel, pluma y un tintero.

— En seguida.

Mientras el lacayo iba diligente a hacer lo que le había pedido, Alice despejó de esquejes y macetas su mesa de trabajo y se sentó a ella.

— Aquí tiene, milady.

— Gracias, James.

El muchacho sonrió y se retiró sin darle la espalda en ningún momento. Quince y sus exagerados modales le parecían divertidos. De hecho, era lo único que había conseguido hacerla reír tras la muerte de Martin. Lo peor era que su mayordomo, consciente o inconscientemente, contagiaba al resto de sirvientes de su locura.

Sin perder más tiempo se puso manos a la obra. Mojó la pluma en la tinta y comenzó a escribir los nombres de diez solteros a los que podría llegar a apreciar como su esposo. No hizo distinciones sociales. A ella nunca le habían parecido indispensables los títulos nobiliarios en un matrimonio.

Cuando hubo terminado, y todos los nombres adecuados estuvieron rigurosamente anotados, se planteó la pregunta más importante de su vida: ¿Por qué un caballero querría casarse? Después de todo, eran los hombres los que disfrutaban de libertad y, si se dejaba de lado la necesidad de dinero, en cuyo caso se trataría de un cazafortunas capaz de cualquier cosa con tal de adueñarse del dinero de una mujer, no había ningún motivo de peso por el que un caballero abandonara su soltería voluntariamente.

Podría mencionar el deseo, pero, aunque no estuviera bien que ella lo supiera, y mucho menos que lo mencionara, Alice era consciente de que los hombres tenían amantes. Las había visto, siempre perfectamente arregladas, colgadas del brazo de caballeros casados que no tenían ningún pudor en mostrarlas al mundo y cuyas esposas se limitaban a fingir que no existían.

Lo que la llevaba de nuevo al punto de partida: ¿por qué un caballero tomaba la decisión de casarse? ¿La necesidad de herederos, tal vez?, pero ¿qué sucedía con aquellos que no tenían un título que legar? ¿Por qué se casaban ellos?

Pensó en sus amigas y la respuesta se iluminó ante sus ojos. Por la misma razón por la que lo había hecho Sebastian, Phillip y Marcus: por amor.

Era el amor el que había movido a esos hombres a contraer matrimonio y para hacerlo habían escogido esposas inteligentes, educadas e instruidas.

Sonrió encantada con el descubrimiento. Lo único que necesitaba era encontrar a un caballero que pudiera amarla, y todos sus problemas se solucionarían.

Ilusionada alzó la lista y la estrechó contra su pecho. En ella estaba el nombre de su futuro marido, el nombre del caballero que la protegería del desprecio de sus padres y, sobre todo, de su propia soledad.

No obstante, le quedaba por saltar un último obstáculo y, para ello, iba a necesitar la ayuda de cierto marqués... Y es que si pretendía cazar un esposo necesitaba contar con la ayuda de uno de sus congéneres.

Capítulo 2

«La temporada está llegando a su fin y las diversiones comienzan a escasear. ¿Descubriremos algún romance tardío o Cupido habrá dado por concluido su trabajo?»

Revista Secretos de sociedad.

Lucius se puso tenso en cuanto vio caminar, decidida por llegar hasta él, a Lady Alice Alvanley. Ni siquiera la gran cantidad de gente que abarrotaba el salón le hizo dudar de que él era su objetivo.

Su último encuentro había terminado mal para él. Quizás se había mostrado un poco grosero con ella, pero es que esa mujer despertaba reacciones incontrolables en él.

— Buenas noches, Lucius.

— Lady Alice — inclinó la cabeza para acompañar el saludo.

Ella arrugó el ceño.

—¿Vuelves a ser formal conmigo?

—Si no recuerdo mal fuiste tú quien decidió que debíamos retomar los convencionalismos. Y siendo sincero, tampoco estaba muy seguro de que no

hubieras retirado tu oferta de que te llamara por tu nombre.

Ella sonrió entre tímida y avergonzada.

—Fui demasiado crítica contigo. Por favor, perdóname. Suelo ser exageradamente formal cuando algo me molesta —confesó.

—No, el grosero fui yo. Quien debe disculparme eres tú a mí.

Los ojos femeninos brillaron con picardía y el marqués supo en ese preciso instante, y sin género de dudas, que acababa de meterse en un problema.

—Lo haré si bailas conmigo.

Hawkscliffe parpadeó estupefacto. Era la primera vez en toda su vida que una dama lo invitaba a bailar. Ni siquiera las viudas alegres se atrevían a algo semejante.

—Por supuesto —acertó a responder.

—¡Maravilloso! Aunque he de confesarte que el baile es una excusa porque necesito pedirte algo.

«Ahí estaba el descomunal problema que había visto venir », se dijo Lucius.

Temeroso de lo que ella tuviera que pedirle, le ofreció el brazo para escoltarla hasta los bailarines y unirse a ellos.

—¿Debo preocuparme? —preguntó.

—Espero que no —rio ella.

Danzaron en silencio unos minutos hasta que la curiosidad hizo que el marqués retomara el tema.

—¿En qué consiste esa ayuda que necesitas de mí?

—Este no es el lugar adecuado para hablar de eso. Tal vez podríamos dar un paseo mañana —ofreció mirándole directamente a los ojos.

—¿Tus padres siguen en Kent?

Ella asintió.

—¿Y no hay nadie en casa contigo?

—Sí. Mi tía abuela, Lady Margareth, se ha trasladado a casa para guardar las apariencias hasta que mis padres regresen. ¿Por qué? ¿Quieres venir mañana a tomar el té con nosotras? La tía Margareth está tan sorda que podré contártelo todo sin que se dé cuenta de nada.

—En ese caso allí estaré. Creo que será más adecuado que un paseo público por el parque.

—Muy bien —respondió Alice de repente sin el entusiasmo anterior. El marqués no deseaba que lo vieran en su compañía. ¿Tan mala era su opinión sobre ella que deseaba mantener su amistad en secreto?

—¿Vas a adelantarme, al menos, de que se trata la ayuda que requieres de mí?

—No es nada sobre lo que debas preocuparte. Ni siquiera deberás ser visto conmigo para realizar esta tarea. Lo que necesito son indicaciones sobre

una lista que he elaborado.

La música se detuvo en ese instante y Alice hizo una inclinación a modo de despedida.

—Gracias por la pieza, marqués. —Se retiró con tanta premura que Hawkscliffe no tuvo tiempo de ofrecerse a acompañarla hasta donde se encontrara su pariente.

Capítulo 3

«Esta cronista no va a negar que, año tras año, el final de la temporada es la época más aburrida para todos. Lo curioso es que en esta ocasión dicha afirmación resultaría falsa».

Revista Secretos de sociedad.

Lucius no había podido dejar de darle vueltas a la escasa información que Lady Alice le había proporcionado acerca de su solicitud de ayuda. Solo le había dicho que se trataba de algo relacionado con una lista. Pero una lista, ¿de qué? Y, sobre todo, ¿en qué podía ser él útil a una dama como ella?

La muchacha era tan especial que podía tratarse de casi cualquier cosa. Sin embargo, lo extraño de la situación era que él mismo estaba expectante por ayudarla, aunque sí, tampoco tenía intención de negarlo, le preocupaba implicarse demasiado con ella. No podía olvidar que había sido testigo involuntario, en varias ocasiones, del afán de Lady Alice por casarse, y aunque comprendía la necesidad, dada la actitud de sus padres, le preocupaba verse envuelto en tan incómoda situación, puesto que no era ser pretencioso considerarse a él mismo un buen partido. Después de todo, era un marqués rico y atractivo para las mujeres. No era descabellado creer que ella pudiera estar interesada en cazarle y que la solicitud de ayuda fuera una trampa para empujarle al matrimonio.

Por todo ello, se había negado a dar un paseo público por Hyde Park. Visitarla en su casa era lo más adecuado. La presencia de su tía abuela haría que tanto la visita como la conversación no escaparan a los límites del decoro.

Iba pensando en ello cuando se dirigía hacia su cita. Ni siquiera pidió el carruaje. El hogar de los condes de Stapleford estaba en la misma calle que su propia mansión y necesitaba pensar.

Antes siquiera de que alzara la aldaba para llamar, el mayordomo le abrió la puerta y le saludó con unos modales exquisitos.

Tras tomar su sombrero y su abrigo, lo acompañó hasta donde se encontraban las damas esperándole.

El salón era de un suave color melocotón, muy femenino. Por lo que dedujo que era el salón privado de la condesa.

Lady Alice estaba sentada en un sillón con un libro en las manos mientras que su tía dormitaba en el sofá con la cabeza ligeramente inclinada hacia atrás. Lucius no se molestó en mirar el libro; sabía que no se trataría de una novela gótica, tan en boga últimamente entre las damas, sino de algún tratado sobre plantas.

La muchacha se levantó y le ofreció la mano, como habría hecho cualquiera de sus amigos varones. Él sonrió interiormente, le dio la vuelta y se la llevó a los labios. Alice pareció sorprendida por el gesto, aunque se recuperó con facilidad.

El marqués nunca la había tocado de ese modo. Ni a ella ni a ninguna dama menor de cuarenta.

Su tía, mientras tanto, se encontraba ajena a todo lo que sucedía a su alrededor, dormitando como si no estuvieran recibiendo a una visita tan distinguida.

Lucius se fijó en su anfitriona. Tenía el cabello tan blanco que parecía brillar y su piel arrugada parecía suave, a pesar de ello. Sin embargo, lo que captó el interés de Hawkscliffe fue su porte. Parecía el tipo de persona capaz de arrollar a cualquiera con su personalidad, exactamente igual que su sobrina. Incluso dormida irradiaba distinción y autoridad.

Alice volvió a tomar asiento, aunque esta vez lo hizo junto a su tía. De ese modo quedaba cerca de él, pero sin compartir espacio.

La muchacha lucía un sencillo vestido de mañana de un suave color rosado, que resaltaba su cabello oscuro y le daba un tono crema a su perfecta piel. Estaba muy hermosa y el marqués se molestó consigo mismo por notarlo.

Mientras traían el té hablaron de todo y de nada en particular, pero cuando el mayordomo se retiró, Lady Alice abordó el tema que le había llevado hasta allí esa tarde.

— Gracias por venir y por aceptar ayudarme.

— En realidad no he aceptado. Ni siquiera sé qué tipo de ayuda necesitas de mí.

— ¡Oh! Es cierto — sin decir nada más metió la mano en su escote y sacó de él un papel cuidadosamente doblado. Sin apartar la mirada de sus ojos lo desdobló y se lo tendió.

Lucius tardó unos segundos en alargar el brazo para cogerlo. No podía apartar de su mente el lugar de donde había salido.

Lo notó templado al cogerlo.

— ¿Qué es esto? — inquirió sin mirarla. Era un hombre experimentado y, a pesar de su vasto conocimiento en tema de mujeres, estaba seguro de que se había sonrojado.

— La lista.

La leyó lleno de curiosidad. Había diez nombres, y lo único que dichos nombres tenían en común era que se trataba de caballeros y que eran solteros.

Un pensamiento comenzó a atenazar su garganta. La ira le embargó con tanta intensidad que tuvo que controlarse con cada ápice de su conciencia para no hacer pedazos el papel y exigirle a ella explicaciones.

— ¿Son...? ¿Hay alguna razón por la que estén estos nombres en una lista?

Ella enrojeció con tanta violencia que apaciguó su malestar.

— ¿Cómo se atreve? — la indignación le respondió por ella.

El marqués recordó que ella solo usaba las formalidades con él cuando estaba sumamente enfadada.

— ¡Discúlpame! No comprendo el significado de esto. — Sostuvo la lista

en alto para hacer notar a qué se refería.

Ella volvió a enrojecer.

— Necesito casarme — suspiró — . No es cierto, no lo necesito. Lo deseo más bien.

Su tía murmuró algo ininteligible en sueños y Alice le sirvió una taza de té, dejando la conversación en vilo. Se la dio sin que la vieja dama abriera los ojos; aun así, Lady Margareth se la llevó a los labios y posteriormente la sostuvo sobre el platillo sin que se derramara una gota.

Tras retirársela, Alice retomó la conversación.

— He descubierto que los caballeros que respetan a sus esposas son los que se casan por amor.

— Sigo sin comprender qué relación tiene ese detalle conmigo —« si ni siquiera salgo en la lista», pensó.

— Tú los conoces a todos. Necesito tu ayuda para dilucidar cuál de ellos podría enamorarse de mí

Lucius se quedó mudo e inmóvil por la sorpresa. Ni en un millón de años habría supuesto que ella esperaría ese tipo de ayuda de él.

— ¿Amor?

Alice asintió con orgullo.

— El amor significa respeto y lealtad. No voy a conformarme con menos.

Capítulo 4

«¿Sabes qué es lo que más recuerdo de ti? Que a tu lado jamás me he sentido sola, ni siquiera cuando no estábamos en la misma casa».

Fragmento de una carta no enviada de Lady Alice Alvanley a Lord Martin

Alvanley.

Quería un hombre que la amara. De todas las tonterías que había dicho y hecho Lady Alice Alvanley, desde que Lucius la conocía, esa era sin ningún género de dudas, la más absurda de todas.

¿Quién demonios se casaba por amor en esos días? Quizá los afortunados como Phillip, Marcus y Sebastian, y aquellos que apenas tenían para vivir. Los caballeros e incluso los burgueses lo hacían por otras razones menos... nobles. La palabra le molestó tanto que de un manotazo vació la mesa de su estudio.

Su secretario dio un bote en su silla.

— ¿Se encuentra bien, milord?

— Perfectamente, Jensen. Ha sido un descuido — se excusó, aunque ambos sabían que se trataba de un gesto premeditado, no de un accidente.

El secretario se levantó con premura para recoger y Lucius aprovechó para dar por concluida la jornada de trabajo. Estaba tan descentrado que era

incapaz de sumar dos cifras correctamente.

Debía de estar comenzando a perder el juicio porque recordaba a la perfección haber aceptado ayudarla. Y más tarde, cuando ella había comenzado a divagar acerca de una fiesta campestre que Lady Brianna estaba organizando para el final de la temporada, él había asentido. Entonces Lady Alice había decidido que para esas fechas tendrían que haber reducido la lista a tres candidatos que, obviamente, serían invitados a dicha celebración en la que entre los dos escogerían al caballero adecuado para ser su esposo.

— Milord, ¿se encuentra bien? —insistió su secretario. Lo conocía lo bastante como para saber que algo debía de preocuparle para servirse una copa de brandy a esas horas de la mañana, pero Lucius necesitaba aturdirse un poco y el alcohol era lo único que se le ocurría en ese momento.

Apenas había dormido la noche anterior dándole vueltas al papel que Alice le había asignado como cómplice.

No se le daban bien los asuntos femeninos. Cualquiera habría creído que sí, dado que se había hecho cargo desde muy joven de su hermana menor, pero, aunque siempre había estado ahí para Caroline, los asuntos relativos a su sexo los había delegado en su tía Felicity. Y ahora una mujer, que ni siquiera era de su familia, pretendía que se metiera en temas tan complicados y enrevesados como el amor. «¿Por qué se encontraba en semejante aprieto? ¿Cuándo su relación con Lady Alice se había vuelto tan cercana como para propiciar que

ella le pidiera algo tan personal?»

Vio como Jensen abría la boca, seguramente para volver a preguntarle por su estado.

—Ni se te ocurra —le cortó, molesto—. Estoy perfectamente.

—Por supuesto, milord. Si no necesita nada más de mí me retiraré.

Lucius asintió. Jensen era muy inteligente y esa era la razón por la que lo había contratado y la razón por la que escapaba a su mal humor.

Se dejó caer en un sillón, con la copa medio vacía. No tenía nada consistente en el estómago. Hacía largas horas que había desayunado, por lo que el brandy terminaría por hacer el efecto esperado: adormecer su conciencia.

Iba por su segunda copa cuando un lacayo, con una bandeja de plata en la mano, se detuvo frente a él.

—Milord, ha llegado una nota para usted.

Hawkscliffe alzó la cabeza para mirar de mal humor al pobre lacayo. Su mayordomo era quien normalmente le llevaba ese tipo de misivas, pero, por prudencia, seguramente tras cotillear con Jensen, había decidido enviar a un sirviente.

Sin decir nada alargó el brazo y asió la nota. No tuvo que desplegarla para saber de quién era; el aroma a flores le dio una pista del lugar del que provenía.

Con un gesto despidió al criado y se quedó allí sentado, sosteniendo con una mano el brandy y con la otra la peligrosa misiva que acababa de recibir.

La desplegó sabiendo lo que iba a encontrar en ella. Sonrió, muy a su pesar, cuando, por fin, leyó la nota. No se podía negar que la dama iba directa al grano:

«Asistiré al baile de los Cavendish, ¿crees que podríamos comenzar esta noche con nuestra lista? Alice».

Capítulo 5

Lady Alice dejó a su tía sentada con las señoras mayores, cuya asistencia se limitaba exclusivamente al cotilleo, y se acercó sonriendo hasta el grupo en el que conversaban Victoria y Brianna. Caroline, recién casada, seguía fuera de la ciudad, en Somerset, donde había partido tras su boda y, donde su esposo poseía tierras y una casa solariega vinculada al título.

Se esperaba que la pareja no regresara hasta el próximo año, dado lo poco que quedaba para que la temporada tocara a su fin. Así, Caroline dispondría de tiempo para conocer a fondo su nuevo hogar y a sus cuñadas, las dos hermanas menores de Lord Edgehill, que estaban a su cargo y que al año siguiente serían presentadas en sociedad.

No obstante, si Alice aceptaba la invitación de los vizcondes, ella misma estaría en el condado en un par de meses. Sus amigas se habían propuesto alejarla de sus padres todo lo que les fuera posible. Y, aunque no fuera digno de una buena hija, ella no podía estarles más agradecida por ello.

— Buenas noches, Lady Alice — saludó el duque, que fue el primero en notar que se acercaba.

— Buenas noches, excelencia.

Sus amigas les sonrieron encantadas de verla.

— Marcus, creo que ahora que han llegado refuerzos, tú y yo podemos retirarnos a la sala de juegos a ver a quién están desplumando esta noche — bromeó Lord Sebastian.

Las tres damas rieron ante su broma y los caballeros se alejaron para dejarles hablar de sus cosas.

— ¿Lo has conseguido? — inquirió Victoria al instante que se quedaron solas.

— Por supuesto que lo ha conseguido — apoyó Brianna —, Lucius es demasiado caballeroso para negarse. Además — hizo una pausa —, estoy segura de que al marqués le gusta nuestra Alice.

— Eso es imposible. ¡Apenas me soporta!

— Eso no es cierto. He visto cómo te mira.

— ¿Como si deseara deshacerse de mí de una vez por todas? El único motivo por el que es amable conmigo es porque su hermana y yo somos amigas.

Brianna se calló antes de replicar. Era evidente que Alice estaba decidida a pensar de ese modo y, hasta no estar completamente segura, lo mejor era no contradecirla.

— ¿Cómo lo vais a hacer? — preguntó Victoria —. Me refiero a reducir la lista.

— Le he enviado una nota para avisarle de que iba a asistir esta noche. Mi

intención es ir descartando nombres cada noche. No me queda mucho tiempo.

— Necesitaré los nombres de los tres candidatos que desees que invite a la fiesta campestre.

— Si todo marcha bien, para entonces la lista será tan corta que con una invitación será suficiente.

— Estoy emocionada por ti — dijo Victoria sonriendo — . ¿A quién tienes pensado descartar hoy?

Brianna rio de buena gana.

— ¡Torie! Alice no tiene por qué comenzar su lista descartando caballeros. A lo mejor se limita a escoger entre ellos.

— Gracias, Brianna, pero lo cierto es que pretendo descartarlos. Quiero estar segura de hacer la elección correcta — y añadió con una sonrisa al ver entrar en la sala al marqués — . Y mi cómplice acaba de llegar.

— No vayas a buscarle —la regañó la duquesa al comprobar que esa era la intención de su amiga—. Espera a que él venga a ti.

—¿Por qué?

—El marqués es muy... especial. Créeme, no quieras asustarlo.

—Lo que mi hermana trata de decir es que es un esnob que puede creer que todo esto de la lista no es más que una treta para cazarle a él —explicó Victoria.

—¡Torie! —Brianna había enrojecido. Es posible que estuviera pensando

algo similar, pero jamás lo hubiera verbalizado con tan poco tacto.

—Tal vez, pero es lo que pensabas.

—Pero si Lucius ni siquiera está en mi lista. ¿Por qué iba a pensar algo así? —se detuvo pensativa—. ¡Oh! ¡Dios mío! Puede que tengáis razón.

—¿Qué sucede? —Victoria se asustó al ver a Alice palidecer con tanta violencia.

—Cuando le dije que necesitaba que me ayudara, ni siquiera tuve que mencionar a Caroline, por lo que estaba tan eufórica que no le di importancia —musitó más para sí que para explicarse ante las damas que la acompañaban.

—¿De qué hablas, Alice? —la instó Brianna.

—Le propuse que nos viéramos en Hyde Park y se negó, me planteó un plan alternativo: visitarnos a mi tía y a mí para tomar el té. No deseaba que nos vieran juntos.

—Es evidente que sospecha de tus intenciones —insistió Victoria—. Tal vez el vizconde le contó lo que sucedió entre vosotros. Cuando trataste de...

—No sucedió nada. Yo... necesitaba casarme y el vizconde me pareció una buena opción. A Martin le caía bien.

—¡Oh, querida! —Brianna acostumbrada a ser la hermana mayor la asió de la mano tratando de reconfortarla.

—Estoy bien. Tan solo he de encontrar otro modo de dar con el caballero adecuado. Está claro que el marqués ya no puede ayudarme.

Capítulo 6

«Se rumorea que la nueva duquesa de Rothgar tiene previsto organizar una fiesta campestre con el motivo del trigésimo primer cumpleaños del duque. Dicho evento tendrá lugar cuando finalice la temporada y, aunque se comenta que será un acto íntimo para unos pocos familiares y amigos, la alta sociedad, en pleno, está rogando ser invitada».

Revista Secretos de sociedad.

Hawkscliffe sabía, desde el instante en que había pisado el salón de baile, en qué lugar y con quién se encontraba Lady Alice Alvanley. Aun así, esperó unos minutos antes de acercarse a ella. Como el marqués soltero que era, sus acciones se vigilaban y se comentaban, tanto en los salones como en las revistas y periódicos que devoraban sus congéneres.

Y, aunque había decidido ayudar a la dama, no estaba interesado en verse envuelto en un debate sobre si la estaba cortejando o no.

Con la excusa de presentar sus respetos a las damas que la acompañaban, se acercó al grupo en el que ella estaba. La duquesa fue la primera en reaccionar. Tras los saludos de rigor le informó que tanto su esposo como su cuñado estaban en la sala de juegos.

— Suena interesante, pero esta noche me he propuesto no perder un solo penique — bromeó.

— Una estupenda decisión — aprobó Lady Victoria.

— Tal vez a Lady Alice le apetezca bailar esta pieza conmigo — ofreció mirando a la dama — . Será el modo más agradable de evitar caer en la tentación.

Ella pareció sorprenderse por su oferta. Miró a sus acompañantes y después le obsequió con una sonrisa tímida que confundió a Lucius. ¿Desde cuándo Alice Alvanley era una tímida damisela?

— Será un placer bailar con usted, milord.

— En ese caso volveré cuando comience nuestro baile — se inclinó delante de Brianna — . Excelencia — hizo lo propio con Victoria y con Alice y se alejó.

— ¿Qué acaba de suceder? — La duquesa parecía sorprendida — . Por lo que acaba de pasar no parece que desee mantener vuestra amistad en secreto.

— Está decidido a cumplir su palabra. Eso es todo.

— Es posible, pero un baile hará que la gente comente — insistió Victoria.

— Un baile no, pero dos sí, y estoy segura de que no me invitará dos veces. Puedes estar segura de ello. De cualquier modo, tengo intención de liberarle de su palabra esta misma noche.

— ¿Estás segura? Si Hawkscliffe te ayuda tu popularidad se disparará. No hay nada como un marqués para que una dama sea declarada incomparable.

— Soy demasiado mayor para ser incomparable. Además, es lo mejor. No

deseo que piense que tengo otros planes para él.

— ¿Por qué te importa tanto su opinión? — volvió a preguntar Victoria.

— Porque es el hermano de Caroline. Y porque me ha ofrecido su apoyo en varias ocasiones.

— Por supuesto, querida — apoyó Brianna.

Victoria miró a ambas con perspicacia, pero no volvería a tocar el tema mientras estuviera Alice presente. No obstante, lo hablaría con Brianna en cuanto ambas se quedaran a solas. Alice lo había pasado realmente mal y ellas tenían que protegerla. Para eso estaban las amigas.

Tal y como le había prometido, el marqués de Hawkscliffe fue a buscarla para su baile en cuanto comenzaron a sonar los primeros acordes del vals.

Al aceptar, Alice no había sabido que la siguiente danza sería una de las piezas más íntimas del repertorio musical. En cualquier caso, no podía retirar su palabra, por lo que decidió que ese baile iba a ser el momento idóneo para solucionar su pequeño problema con el marqués.

— Estás muy hermosa esta noche. El rosa te favorece.

— Gracias. Es mi color favorito.

Él sonrió con suficiencia.

— ¿Qué sucede? ¿No te agrada el rosa?

— No es eso, es solo que yo hubiera apostado a que tu color favorito era

el rojo, o quizás un tono escarlata.

Ella no sonrió, ni respondió al comentario. No era la primera vez que la gente la consideraba escandalosa, aunque jamás hubiera dado motivos para ello. Nadie negaría nunca que tenía una lengua rápida e ingeniosa, pero siempre se había comportado con absoluta corrección en todo lo demás.

— Quería comentarte que finalmente no voy a necesitar tu ayuda con la lista.

Él pareció no inmutarse al escucharla, pero Alice supo que no se había esperado que ella le dijera que iba a prescindir de su colaboración.

— ¿Has desistido de tu propósito? — había duda en su voz.

— No, milord. Voy a seguir con mi propósito, solo que por mi cuenta.

— ¿Ha sucedido algo que yo no sepa? — preguntó él en un tono acusatorio.

— No, es solo que tengo la sensación de haberte obligado y quiero enmendar mi error — confesó a medias.

De ninguna manera tenía previsto decirle la verdad al completo, no fuera a aumentar sus tontas sospechas. Alice sabía que Hawkscliffe era un partido excelente, pero también sabía que el marqués jamás podría amarla. Era demasiado formal, demasiado serio como para valorar su carácter alegre y directo.

— No me obligaste a nada. Fui yo quien aceptó ayudarte.

— Sea como sea, el caso es que puedo arreglármelas sola. Esta noche he eliminado dos nombres sin tu ayuda y haré lo propio con los demás. De ese modo, tú podrás seguir con tus asuntos, que has tenido que dejar de lado por mi culpa.

— ¿Qué nombres?

Ella parpadeó sorprendida. ¿Solo había escuchado esa parte de la conversación?

— Jack Crowland y Lord Thomas Eversleigh.

— ¿Por qué?

Alice suspiró exageradamente para hacerle ver su frustración antes de responderle.

— He visto al señor Crowland besando a Lady St. John cuando he ido al tocador de señoras.

—¿ Y Lord Eversleigh?

— A Lord Eversleigh lo he tachado por otros motivos — respondió evasiva.

— ¿Cuáles, Alice? — el tono del marqués era autoritario y parecía molesto.

— No tienen importancia. El caso es que ya no está en mi lista.

— ¡Alice! — ni siquiera fue necesario que añadiera algo más. Su tono era tan tajante que ella se dio por vencida, no queriendo montar un espectáculo en

la pista de baile.

— ¡Está bien! Si tanto te interesa te lo diré. — Hizo una pausa para darse ánimos — . Me besó cuando regresaba sola del tocador, aun cuando le pedí que no lo hiciera y me resistí a sus atenciones. Creo que estaba ebrio.

— ¡Voy a matarlo! — dijo la frase con aparente calma. Sin alzar la voz, no obstante, sus dientes estaban tan apretados que las palabras salieron a través de ellos.

— No harás tal cosa. Si dices o haces algo al respecto arruinarás mi reputación y, ahora mismo, es con lo único con lo que cuento para hacer un buen matrimonio.

— ¿Y tu dote?

— Los cazafortunas están excluidos de mi lista, como seguramente entenderás.

— Está bien. No diré nada, pero le mataré de todos modos.

— Por favor, Lucius.

Hawkscliffe pareció calmarse, aunque Alice no estaba segura de que no estuviera fingiendo para tranquilizarla.

— De acuerdo. No lo mataré, solo si me permites seguir ayudándote.

— Eso es chantaje.

— Lo es — parecía pagado de sí mismo y esta vez fue Alice quien apretó los dientes de rabia. ¿Por qué no aprovechaba la oportunidad y se escabullía?

¿Liberarle de la palabra dada no era suficiente para él?

— ¡Oh! Muy bien. Pero luego no digas que no te ofrecí liberarte de tu promesa.

Él sonrió triunfal.

— Una elección inteligente —h alagó—. Mañana por la tarde estate preparada para salir en mi carrocín. Vamos a elevar tu popularidad.

Le molestó que pensara del mismo modo que sus amigas.

— Estás muy seguro de ti mismo, ¿verdad?

— Soy marqués, es mi obligación estarlo — bromeó, y Alice pensó que, quizá, no la detestaba tanto como ella había creído. Lo que no supo descifrar fue si eso la alegraba más de lo que le preocupaba.

Capítulo 7

«Si estuvieras aquí podrías darme tu opinión sobre los caballeros de mi lista, aunque estoy segura de que le pondrías pegas a todos».

Fragmento de una carta no enviada de Lady Alice Alvanley a Lord Martin

Alvanley.

Lady Alice y su doncella estaban listas cuando Hawkscliffe pasó a buscarla. El paseo hasta Hyde Park fue corto. No obstante, cuando llegaron a Inner King Road, descubrieron que estaba atestado de jinetes y de carruajes abiertos, por lo que tuvieron que detenerse en la larga fila que les precedía. Ni siquiera su título de marqués logró que la muchedumbre echara a andar.

— ¿Por qué sonríes? — preguntó Hawkscliffe al verla tan contenta.

— Por nada importante.

Lucius dejó pasar la réplica que tenía en la punta de la lengua. Estaba claro que Alice no deseaba contarle lo que fuera que le había parecido tan divertido. Todo lo contrario que él mismo, que estaba tan irritado por la demora que se quedó largo tiempo en completo silencio.

Diez minutos después, al darse cuenta de que no iban a avanzar hasta pasado otro buen rato, el marqués le pasó las riendas a William, el mozo de cuadra que había llevado consigo, y ayudó a Lady Alice a bajar del carrocín.

— Jane, quédate con William. El parque está a rebosar de gente, no es necesario que nos sigas, hay suficientes carabinas esta tarde. ¡Descansa!

— Cómo desee, milady.

Alice se dio cuenta del gesto de desaprobación de Lucius y comprendió que él podía haber malinterpretado sus motivos.

No obstante, el marqués se guardó sus pensamientos para sí mismo. Se limitó a ofrecerle el brazo, a sonreír y a saludar a aquellos conocidos que les abordaron en su paseo.

Alice se mantuvo en silencio, seria. Mientras, buscaba con la mirada a los integrantes de su lista. Tras media hora en el parque había tachado otro nombre, el del Barón Petre, a quien había descartado por su poca habilidad como jinete, y el del Conde de Albemarle, a quien vio del brazo de una dama pintarrajeada, que tenía todo el aspecto de ser su amante.

— Estás muy callada esta tarde — comentó Lucius. Jamás había asociado el silencio con Alice. Ella era un torbellino, de ahí que le extrañara tanto su actitud.

— ¿Puedo hacerte una pregunta?

Por todo ello se detuvo en seco, obligándola a hacer lo propio.

— ¿Desde cuándo me pides permiso para hacer algo? — inquirió con los ojos entrecerrados — , ¿estás segura de que te encuentras bien? ¿Quieres que nos sentemos unos minutos?

— Estoy perfectamente. ¿Puedo preguntarte o no?

— Adelante.

— ¿Por qué no te has casado todavía? Es evidente que necesitas un heredero.

Hawkscliffe la miró, y Alice se arrepintió de inmediato por haberle interrogado sobre un tema tan delicado.

— Lo pregunto por simple curiosidad — trató de justificarse, preocupada porque él lo entendiera de otro modo — . Tú eres un caballero y yo necesito que uno se enamore de mí. — Cerró los ojos con fuerza cuando escuchó sus propias palabras.

No dejaba de meter y meter la pata.

— Así que tu interrogatorio forma parte de tu investigación para encontrar marido.

Ella sintió con vehemencia, temerosa de volver a hablar.

— No me he casado porque las debutantes me resultan tediosas y porque he estado demasiado ocupado dedicándome a mi hermana.

— Pero ahora ella tiene al vizconde.

— Así es.

— ¿Por qué no escribes tu propia lista? — ofreció con una sonrisa sincera.

Lucius le devolvió el gesto casi sin darse cuenta.

— No necesito una lista para elegir esposa. A diferencia de ti, yo sé exactamente a quién deseo para ese papel. — Y se sorprendió a sí mismo al descubrir que era la verdad.

Capítulo 8

«Hemos sido testigos, durante la última semana, de un cortejo que nadie se hubiera atrevido a vaticinar. Al parecer Lord L está planeando conquistar a su futura marquesa, y la afortunada es Lady A. ¿No es sorprendente el amor?»

Revista Secretos de sociedad.

Cuando su tía, Lady Margareth, le pasó la revista a su sobrina mientras desayunaban, la aludida se atragantó con el panecillo que estaba masticando. Le costó varios minutos recuperarse y poder hablar.

— ¡Oh! ¡Dios mío! Sabes que no es cierto.

Su tía la miró con incredulidad.

— La que no sabe nada eres tú, querida. ¿Por qué iba el marqués de Hawkscliffe a dedicarte tanto tiempo si no te estuviera cortejando? ¿Acaso no te ha enviado esquejes tres veces esta misma semana? ¿No bailaste ayer mismo tres veces con él en la fiesta de los Latimer?

— Los caballeros que cortejan a las damas les envían flores, tía. No esquejes. Somos amigos.

— Si las damas prefieren esquejes les mandan esquejes. Y que no se te olvide, sobrina, los caballeros solteros no son amigos de las damas casaderas. ¡Las cortejan!

— En mi caso no es así y ahora Lucius estará molesto conmigo — se lamentó Alice.

— ¿Por qué había de estarlo? Todos los días se escribe sobre estas cosas en la prensa.

— A él no le gustan los chismes — se limitó a decir.

Lady Margareth bufó, de un modo poco femenino, antes de responder.

— Pues si no desea verse envuelto en inofensivos cotilleos que no salga de su casa de campo. Si vive en una ciudad civilizada como Londres los chismes son un ingrediente indispensable de la buena sociedad.

— ¡Tía! — la regañó Alice tratando de ocultar la risa.

— Alice Millicent Alvanley, si tus padres no te han explicado lo que acabo de decirte es que han descuidado tu educación. Y eso es imperdonable, incluso para ellos.

Tras su discurso, la vio levantarse de la mesa y salir con una pose ofendida del salón de desayunos. Al parecer su tía tenía un oído perfecto cuando la ocasión lo requería.

Alice se pasó el resto de la mañana debatiéndose entre escribirle una nota al marqués para disculparse con él o esperar al baile de esa noche para decírselo en persona.

Tras mucho meditar, optó por la última opción, después de lo mucho que la

había ayudado, se merecía que le diera la noticia ella misma.

Como cada noche, acompañó a su tía hasta donde estaban sentadas sus amigas, y se fue a buscar a las suyas propias.

No obstante, antes de llegar a ellas fue abordada por Lord Burns, quien la invitó a bailar la siguiente pieza que tuviera disponible, y que como acababa de llegar, era precisamente la que comenzaba a sonar.

Aturdida por la sorpresa de la invitación, permitió que el barón la escoltara hasta la pista de baile y no pudo salir de su asombro cuando él coqueteó con ella. «¿Qué está sucediendo?», se preguntó.

La última vez que había hablado con el barón, le había dejado clara su postura. Eso había sucedido un par de meses atrás, por lo que ese interés inesperado la había dejado desconcertada.

— ¿Le apetece una limonada, Lady Alice? ¿O prefiere un vaso de ratafia?
— ofreció después de que finalizara la pieza.

En lugar de marcharse para buscar a su nueva pareja se quedó allí, junto a ella, solícito e interesado en su compañía.

— La limonada es perfecta. Muchas gracias.

— En ese caso vuelvo en seguida, milady.

Antes de que pudiera recuperarse aparecieron a su lado Victoria y Brianna con la misma expresión de desconcierto que seguramente ella misma tenía.

— ¿Lord Burns te ha pedido un baile? —inquirió Victoria, que era quien

conocía la historia de su amiga con dicho caballero.

— ¡Lo sé! Y ha ido a buscarme una bebida.

— Debe de ser por el artículo de hoy en Secretos de Sociedad. Ahora que Hawkscliffe está interesado en ti tu popularidad aumentará.

— Lucius no está interesado en mí — suspiró pesadamente — . Y el artículo lo va a poner furioso.

— No es necesario que elucubres sobre sus sentimientos respecto a dicho artículo. Vas a poder preguntarle lo que le ha parecido en tres segundos — anunció Lady Victoria — . Se acerca por la derecha.

La mala suerte hizo que el marqués y Lord Burns llegaran al mismo tiempo junto a las damas.

— Miladis — saludó Hawkscliffe — , están las tres bellísimas esta noche. Burns.

— Hawkscliffe. Señoras. — Hizo una exagerada reverencia. Después le tendió el vaso a Lady Alice.

— Gracias, barón.

— Un placer. Si hubiera sabido que estaban ustedes aquí hubiera traído más limonada para que se refrescaran.

— Es usted muy amable — agradeció Brianna — , pero estoy segura de que nuestros esposos no tardarán en acercarse.

El barón hizo un gesto suave con la cabeza y volvió su atención de nuevo a

Lady Alice.

—Milady, tal vez, cuando recupere el aliento vuelva a honrarme con otro baile.

—Eso no será posible —intervino el marqués.

—¿Cómo dices, Hawkscliffe?

—La dama tiene compromisos. ¿No es así, milady?

Alice ofreció al barón una sonrisa apenada.

—Es cierto, Lord Burns, tengo el carné de baile repleto.

—En ese caso procuraré ser más rápido mañana. Si me disculpan —se despidió, enfadado con el marqués por interponerse en su camino.

Era evidente que la noticia sobre su cortejo a Lady Alice Alvanley era real. Aun así, no iba a darse por vencido mientras el compromiso no fuera oficial.

— ¿Milady, haría el honor de concederme esta pieza? — preguntó el marqués a Alice. Con una sonrisa se dio la vuelta para dirigirse a las hermanas — . Me encantaría bailar con ustedes también, pero estoy seguro de que sus esposos me matarían por acapararlas.

— Por supuesto, debe bailar con Alice. ¿No estás de acuerdo conmigo, Torie?

— Sí, y es maravilloso que la siguiente pieza sea un vals.

— No estoy segura de que sea una buena idea.

Lucius pareció sorprendido por las dudas de la dama.

— ¿Por qué no lo cree?

— La noticia que ha publicado la revista Secretos de Sociedad — dijo, por fin.

Llevaba toda la noche temiendo ese preciso momento.

— Deben disculparme, pero yo no leo este tipo de publicaciones. ¿Por qué no me cuenta de qué hablaba el artículo que tanto la ha impactado mientras bailamos? — Puede que el comentario fuera formulado como una pregunta, pero Alice no tuvo opción a negarse.

Brianna y Victoria fueron testigos de la escena. Cuando la pareja se alejó lo suficiente, las hermanas comentaron encantadas lo que habían visto.

— ¿Desde cuándo Hawkscliffe es tan encantador? — Preguntó Victoria — . Siempre lo he visto como un caballero serio y formal.

Brianna sonrió encantada.

— Desde que está enamorado, supongo.

— ¿Crees que...? — se detuvo porque no había necesidad. Ambas sabían lo que estaba preguntando.

—¿ Tú no?

Victoria negó con la cabeza.

— Estoy segura de que sí. — Su sonrisa era auténtica y feliz — . En cuanto llegue a casa esta noche escribiré a Caroline para contarle lo que está

sucediendo.

— O mucho me equivoco o Caroline ya sospechaba lo que sucedía.

Las dos hermanas volvieron a reír. Alice se merecía ser feliz y Hawkscliffe era perfecto para esa tarea.

El marqués arrastró a su pareja hasta la pista de baile y, cuando se supo a salvo de oídos indiscretos, preguntó:

— ¿Qué sucede, querida? Pareces preocupada.

— Han publicado un artículo en el que se insinúa que me estás cortejando.

Él pareció no inmutarse, lo que la preocupó más.

—¿No vas a decir nada?

— ¿Por qué? Es la verdad. Te estoy cortejando.

— ¿Disculpa?

— Después del baile daremos un paseo por el jardín y te expondré mis intenciones.

Alice asintió y se agarró con más fuerza a él. Le daba igual montar un escándalo en plena pista. Eso era mejor que caerse redonda al suelo mientras se bailaba un vals.

Capítulo 9

«Martin, ¿cómo voy a casarme con un caballero si estoy enamorada de otro? Y antes de que lo preguntes, te diré que no, no puedo casarme con el hombre al que amo. He de conformarme».

Fragmento de una carta no enviada de Lady Alice Alvanley a Lord Martin

Alvanley.

El jardín era hermoso, incluso en la penumbra de las antorchas que los duques habían hecho poner por el camino principal. Estaba diseñado al estilo italiano. Incluso tenía un laberinto en el centro tan complicado que, según contaba su dueño, el duque de Ruthland, algunos se habían visto obligados a pasar la noche allí, antes de encontrar la salida.

Alice siguió a Lucius en silencio. La noche estaba siendo una completa locura, primero el inesperado interés de Lord Burns y después la declaración del marqués...

— Aquí gozaremos de cierta intimidad para que podamos hablar — decidió Hawkscliffe, instándola para que tomara asiento en uno de los bancos de hierro del jardín de rosas.

Ella obedeció expectante y nerviosa.

— He estado pensando en nuestra situación. Es evidente que nos llevamos bien y que ambos necesitamos casarnos así que, ¿por qué no lo

hacemos? Soy consciente de que deseas un esposo que te respete, que te trate como a una igual y sé que sabes que yo lo haré, que cumpliré mi palabra.

Ella asintió, todavía sin palabras.

—Si aceptas mañana mismo partiré hacia Kent y hablaré con tu padre. Una vez que firmemos los contratos pondré el anuncio en el Times. Podríamos casarnos el próximo miércoles.

Alice apenas podía pensar, le estaba proponiendo una locura. Él le estaba pidiendo que confiara ciegamente en lo que le ofrecía, pero no había hablado de amor. Ni una sola vez había mencionado la palabra. Por otro lado...

—Eres muy amable por ofrecerme tu ayuda, pero no puedo aceptar.

—¿Por qué?

Ella hundió los hombros de modo que pareció empequeñecerse. Lucius supo en ese instante que su negativa se debía a algo que le preocupaba, no a que lo rechazara a él.

—Alice, por favor, cuéntamelo.

Notó que los ojos de ella se humedecían y se odió a sí mismo por hacerla llorar.

—¿Querida?

—Yo maté a Martin —dijo ella sin mirarlo—, por eso mis padres me odian.

—Eso no es posible. Tú jamás...

—Lo hice —interrumpió—. Fue mi estupidez lo que lo mató, Lucius. Si yo no hubiera ido al lago, si no hubiera tratado de salvar a aquel gatito mi hermano seguiría con vida.

—Alice, por favor, cuéntamelo.

Asintió, pero se mantuvo un minuto más en silencio. Tratando de ordenar sus pensamientos para hacerlos coherentes.

—Era febrero, el hielo del lago se estaba deshaciendo. La gata de las cocinas había tenido gatitos y, como a mí siempre me han gustado, los visitaba todos los días. Los cogía y jugaba con ellos. Ella debía de creer que se los iba a robar porque una mañana cuando fui a buscarlos me di cuenta de que faltaba uno, el más hermoso de todos, con un pelaje grisáceo y los ojos azules. Lo busqué por toda la casa y, al no verlo, salí al jardín. Me preocupaba que muriera por el frío. Tras buscarlo por todas partes me acerqué al lago sin esperanza, pero ahí estaba, en medio de él, el hielo se estaba deshaciendo, pero yo pesaba poco, me dije; mi majadería me empujó a ir hasta allí para salvarle. Ni siquiera llegué a estar cerca de él, el hielo se quebró y caí al agua. Fue como si miles de agujas se clavaran en mi piel. Apenas podía moverme. Las ropas me hundían y no había manera de que pudiera flotar. Entonces, sentí unas manos que tiraban de mí y al abrir los ojos Martin estaba ahí. Me abrazaba y decía que todo iría bien. Me desmayé.

—Lo siento, querida, pero, aun así, no fue culpa tuya.

—Hay más. Cuando me desperté estaba en mi cama. Martin me sacó tan rápido que no llegué a enfermarme. En cambio, mi hermano... Había regresado a por el gatito. Sabía que yo no me perdonaría el no haberlo salvado, por lo que regresó a por él. Cuando por fin se ocupó de sí mismo, ya había pasado mucho tiempo con la ropa helada sobre la piel... No llegó a recobrar el conocimiento, Lucius. Yo lo maté.

Las lágrimas que había tratado de contener se desbordaron de golpe. Jamás había hablado de lo sucedido con nadie. Y tuvo que confesarse que se sentía bien al hacerlo.

—Te repito que lo que le sucedió a tu hermano no fue culpa tuya, Alice. Él te adoraba, estoy seguro de que jamás te culparía por el accidente.

— Pero fui yo quien lo provocó.

La abrazó con fuerza mientras los sollozos la hacían temblar.

— Si quieres honrar a tu hermano deberías dejar de culparte. Él no querría que lo hicieras. Los accidentes pasan y nadie tiene la culpa por ellos.

Alice se separó de él para mirarlo a los ojos.

— Martin era más que mi hermano. Era mi mejor amigo. La otra mitad de mí...

Con una delicadeza que la dejó aturdida, Lucius pasó los dedos por sus mejillas y le secó las lágrimas.

— Has cargado con la culpa demasiado tiempo. Tus padres no deberían haber permitido que creyeras que tú eras la responsable, porque no lo eres, Alice. Y, ahora que me lo has contado todo y que sé por lo que has pasado, vuelvo a pedirte que seas mi esposa.

— Odio a los gatos — confesó, todavía entre lágrimas —, han dejado de gustarme.

— No me importa, Alice. Tendremos perros.

— Hay más, Lucius, y es posible que esto te haga retirar la propuesta.

— Te aseguro que no va a suceder — dijo y esperó a que ella se explicara.

— Todavía hablo con mi hermano y le escribo cartas... todos los días. Y aquí viene lo peor — hizo una pausa para respirar profundamente —, a veces siento que me responde dentro de mi cabeza.

Lucius se mantuvo unos segundos en silencio. Observándola con la mirada cargada de ternura.

— Puede que haya perdido la razón.

— No has perdido la razón, Alice. Has perdido a un ser querido. A alguien a quien amabas profundamente y a quien estabas unida. Es perfectamente normal.

— ¿No crees que esté loca? — preguntó esperanzada.

—No lo creo, querida. Claro que no. —Se inclinó sobre ella y le besó la frente.

Durante el siguiente minuto permanecieron abrazados y en silencio. Hawkscliffe había escuchado por boca de Victoria Middlethorpe lo que sufría por el desapego de sus padres, pero cualquier cosa que hubiera escuchado se quedaba corta en comparación con la culpa que ella misma sentía.

— En ese caso, Lucius si todavía deseas casarte conmigo acepto ser tu esposa. Gracias por tu tratar de entenderme — dijo ella cuando él ya había perdido la esperanza.

—Siempre lo haré, Alice. Ahora creo que debemos sellar el compromiso como rigen las normas.

Ella le miró sin comprender. ¿Se refería al anillo?

— Con un beso — aclaró el marqués.

— ¡Oh!

Antes de que Alice tuviera tiempo de reaccionar, la boca de Lucius apresó la de ella en un beso duro y voraz. La muchacha no abrió la boca con rapidez suficiente para satisfacer al marqués, pero el gruñido sordo del caballero la hizo cooperar. La lengua de Lucius penetró en la boca de la joven a tiempo para atrapar el suspiro femenino.

El trato estaba cerrado. El marqués de Hawkscliffe acababa de encontrar a su marquesa.

Capítulo 10

«Si el compromiso del marqués de Hawkscliffe con la hija del conde de Stapleford nos sorprendió a todos, el anuncio de su inminente boda ha generado algunas dudas a las que solo el tiempo dará respuesta».

Revista Secretos de Sociedad.

Tal y como Alice había esperado, su padre se mostró encantado con deshacerse de ella. Y si además se convertía en marquesa, su entusiasmo se tornaba en desmesurado.

Tanto que ni siquiera le importó que Lucius exigiera que la boda fuera en una semana. Ni su madre, normalmente tan preocupada por las convenciones sociales, se molestó por la premura. Ni mucho menos se tomó la molestia de preguntarle por el motivo, como habría hecho otra progenitora más interesada.

Lo único en lo que ellos podían pensar era en que, por fin, iba a salir de sus vidas.

Sus amigas y su futura cuñada, quien regresó a Londres para asistir al enlace, se mostraron más cautas al preguntar, pero aun así lo hicieron. Alice solo les pudo ofrecer especulaciones del porqué, puesto que su prometido no le había dado ninguna explicación.

—Imagino que quiere que nos casemos antes del final de la temporada —

especuló.

—No creo que sea por ese motivo. Mi hermano no puede estar menos interesado en la alta sociedad. Creo que lo ha hecho para alejarte de tus padres.

—Yo también creo que lo hace para protegerte —apoyó Victoria.

La duquesa, en cambio, las miró visiblemente enfadada.

—¿Y a ninguna se os ha ocurrido que lo que desea es estar con la mujer que ama?

Alice enrojeció violentamente. Desde que había comenzado su amistad con Lucius sentía que todo su arrojo y su valentía se habían esfumado.

—Él no me ama. Se trata de un matrimonio basado en la amistad y el respeto.

—Brianna tiene razón. Mi hermano no se casaría por esos motivos. Y he de confesar que, desde la primera vez que os vi juntos, sospeché de su interés en ti. Desde que te conoce, mi hermano ha cambiado; huelga decir que para mejor.

Alice le ofreció una sonrisa de agradecimiento a Caroline, pero no estaba segura de que las cosas fueran de ese modo.

—No dijo nada sobre el amor cuando me pidió matrimonio. Estoy segura de que os equivocáis.

—A Sebastian le costó mucho hablarme de sus sentimientos. Creo que a

los hombres les cuesta más que a las mujeres. Tal vez solo esté esperando el momento adecuado.

Alice negó con la cabeza.

—No, Lucius no está enamorado de mí y no me importa.

—Pero tú sí que le amas —tanteó Brianna.

Alice paseó la mirada por los rostros expectantes de sus amigas. Jamás le había gustado hablar de sus cosas. Con la única persona con la que había hablado abiertamente de todo era con Martin, y cuando su hermano murió, se acostumbró a guardárselo para sí misma.

Sin embargo, esas mujeres le habían abierto su corazón sin reservas y se merecían que ella hiciera lo mismo. No importaba lo mucho que le costara hacerlo, tenía que corresponderles con el mismo grado de confianza, respeto y afecto que había recibido de cada una de ellas.

—Sí, yo sí que le amo.

Caroline palmeó encantada y se levantó del sofá, que compartía con Victoria, para ir a abrazarla.

Sus padres seguían en Kent, por lo que las damas habían podido reunirse en otro lugar que no fuera el invernadero de Alice.

—Estoy muy feliz de que vayas a ser mi hermana. No espero que me quieras del mismo modo en que adorabas a Martin, pero sí que me gustaría que me vieras como a tal.

—Te lo prometo —aceptó feliz—. Sois las personas más importantes de mi vida. Cuando conocí a Victoria creí que era una afortunada porque quisiera ser mi amiga, pero luego vino Brianna y más tarde tú, Caro, y entonces estuve segura de que era una privilegiada.

Antes de que Alice se diera cuenta se vio abrazada por todas ellas y, se prometió a sí misma, que nunca las iba a defraudar, no como había hecho con Martin...

Tras lágrimas de felicidad y risas, volvieron al tema que les ocupaba.

—¡Señoras! —llamó al orden Brianna—. Tenemos una boda que organizar y tan solo cinco días para hacerlo.

—Es cierto —corroboró Caroline volviendo a sentarse—. Alice, ¿estás segura de que tu madre no desea participar en los preparativos?

—Lo estoy. Si deseara formar parte de ellos habría regresado a Londres. Además, ayer recibí una carta de mi padre en la que me informa de que no debo esperarlos hasta la víspera del enlace —se encogió de hombros.

—Ellos se lo pierden —dijo Victoria tratando de animarla.

—Así es. Y ni siquiera me importa porque os tengo a vosotras.

Capítulo 11

«La novia llegó a la iglesia de St. George del brazo de su padre, a quien se le veía orgulloso y feliz. Estaba radiante con un vestido rosado y bordado con hilo de oro. Quizás, un poco escotado para tal evento, pero el novio no pareció molestarse por la elección.

Tras el enlace, la pareja subió a un carruaje descubierto y fueron llevados hasta la mansión del conde de Stapleford, donde se sirvió un copioso desayuno de bodas. Se comenta que las flores provenían del propio invernadero de la nueva marquesa».

Revista Secretos de Sociedad

Las damas usaron cada uno de los cinco días que restaban para la boda para organizarlo todo y que el enlace fuera perfecto.

De modo que cuando llegó el día, Alice tenía listos los baúles para mudarse esa misma tarde al hogar de su esposo.

Lucius había decidido que, puesto que la temporada social estaba dando los últimos coletazos, lo mejor era abandonar Londres para que Alice pudiera instalarse en su nuevo hogar y aprender sobre sus nuevas responsabilidades como marquesa. No obstante, la partida se retrasó cuatro días por la aparición de una invitación para un baile de máscaras en Vauxhall, al que su hermana y su futura esposa se empeñaron en asistir.

—Será perfecto para que hagáis vuestra primera aparición pública como matrimonio. Si no asistís no podréis hacerlo hasta el próximo año cuando

comience la temporada —comentó Caroline, ganándose el apoyo de Phillip, quien estuvo de acuerdo en todo lo que su esposa dijo.

—Estoy conforme con lo que dices, Caro. Nos quedaremos un par de días en Londres para poder asistir. ¿Te parece bien, querida? —preguntó a Alice.

Ella sonrió encantada y agradecida porque estuviera cumpliendo su palabra. Lucius tenía en cuenta su opinión y respetaba sus deseos.

—Sí, me apetece mucho asistir.

—Va a ser una fiesta estupenda.

—Va a ser una fiesta peligrosa. Vauxhall no es precisamente un salón de Mayfair —corrigió Lucius.

—Por eso precisamente será maravillosa —rio Caroline.

Aunque no tan maravillosa como la boda de los marqueses de Hawkscliffe, la ceremonia fue tan bonita como las de sus amigas y Lucius se había mostrado en todo momento atento y afectuoso con ella. Alice no podía evitar estar asustada e impaciente por lo que ocurriría a continuación.

Cuando se retiraron, tal y como se esperaba que hicieran, su esposo la llevó hasta la que iba a ser su nueva casa, pero en lugar de mostrársela él mismo, delegó el trabajo en el ama de llaves.

La señora Smith se mostró encantada de poder atender a la nueva marquesa, pero ella no pudo evitar sentirse decepcionada. Le habría gustado

pasar más tiempo con Lucius, aunque comprendía que él tuviera asuntos de los que ocuparse.

Regresó a sus aposentos para darse un baño y arreglarse para la cena.

Tardó más de hora y media en estar lista. La pobre Jane la peinó de un modo distinto al habitual para que sorprendiera a su esposo, pero cuando llegó al comedor, este apenas levantó la cabeza para sonreírle.

Parecía distante y poco interesado en conversar.

La cena fue demasiado formal y casi no hablaron. Cuando terminaron, Lucius le solicitó permiso para retirarse a su estudio a fumar y ella se vio obligada a retirarse a su dormitorio. Habría podido alargarlo cogiendo un libro y sentándose en su salón privado, pero estaba tan preocupada por lo que le deparaba que prefirió retirarse.

Jane apareció por la puerta casi al mismo tiempo que la marquesa y parecía tan nerviosa como ella.

—Vamos a cambiarla, milady. No creo que su esposo vaya a tardar mucho en venir a visitarla.

—¿Tú crees?

—Estoy segura.

La doncella, diligentemente, le quitó el vestido y la ayudó a ponerse el camisón y la bata rosadas, con la que su madre le había obsequiado la noche anterior a su enlace. Se suponía que ella era la encargada de contarle lo que

debía esperar de su matrimonio, pero se había limitado a decirle que se dejara llevar por su esposo y que no fuera impertinente con el marqués, si no deseaba que se buscara una amante.

—¿Milady? —repitió Jane.

—Lo siento, Jane, no estaba prestando atención, ¿has dicho algo?

La muchacha sonrió con picardía.

—Le preguntaba si desea que le trence el cabello o prefiere dejárselo suelto.

Alice la miró a través del espejo.

—Déjalo suelto, por favor.

—Buenas noches, señora marquesa.

El apelativo le sonó extraño, aunque ese fuera ahora su rango.

—Buenas noches, Jane.

En cuanto se cerró la puerta tras la doncella, Alice se levantó del tocador y buscó uno de los libros que había traído consigo. Con él en la mano se tumbó en la cama. Iba a ser incapaz de leer, pero al menos así, no parecería tan alterada.

A los pocos minutos sonaron unos suaves golpes en la puerta de la pared derecha y esta se abrió.

El dormitorio de su esposo se comunicaba con el de ella a través de esa puerta, pero Alice no se había atrevido a cruzarla para ver el dormitorio que

había al otro lado. Se lo había imaginado masculino, de colores tierra, pero no había tenido el valor de confirmar sus suposiciones.

Lucius entró en la alcoba, completamente vestido.

—Espero que encuentres tus habitaciones adecuadas. Si algo no te gusta puedes cambiarlo.

—Gracias.

Él se acercó hasta la cama y tomó asiento a sus pies. No parecía preocupado ni nervioso.

—Hay algo de lo que me gustaría hablar contigo.

—Por supuesto.

—He pensado que debo darte tiempo para que te aclimates a nuestro matrimonio antes de obligarte a cumplir con él. De modo que, esta noche, podrás descansar sin ser importunada por mis atenciones.

—¡Oh!

Lucius esperó para ver si ella decía algo más, pero Alice estaba tan aturdida que no fue capaz de hablar.

Se inclinó sobre ella y le dio un beso en la frente.

—Buenas noches, esposa. ¡Descansa!

—Buenas noches.

Se quedó en la misma posición varios minutos después de que él abandonara su dormitorio. Cuando por fin fue capaz de reaccionar, hundió la

cabeza en la almohada y dejó salir toda la tristeza y frustración que sentía.

Capítulo 12

Habían pasado dos días desde su matrimonio, la fiesta en Vauxhall era esa misma noche y Lucius todavía no la había hecho cumplir con sus deberes de esposa, ni siquiera había vuelto a sacar el tema. Y, aunque si se tratara de otro asunto menos delicado, Alice ya habría expuesto el problema ante su marido, el caso era que desconocía la mayor parte de lo que sucedía en una alcoba, por lo que no se sentía con fuerzas de afrontar el asunto.

Por todo ello, hizo lo único que creía que podía funcionar. Con ese fin fue hasta la tienda de Madame Lafayette y se probó todos los disfraces que la costurera francesa tenía disponibles, aunque se centró solo en los que pudieran tentar a un marqués.

Sabía que Lucius iba a ir de bandolero, como le había dicho durante la cena de la noche anterior. Había estado tan nerviosa creyendo que esa noche la visitaría, que apenas había sido capaz de probar bocado.

Se encontró allí con sus amigas, quienes escogieron disfraces más convencionales: Victoria iba a disfrazarse de pastora, Brianna de Cleopatra, ya que el duque iba de Marco Antonio, y Caroline de María Antonieta. Alice se decidió por un precioso vestido verde de gasa, de corte griego con una tela tan diáfana que tentaría a un santo. Sus amigas estaban convencidas que el disfraz de ninfa era la opción más acertada para ella.

No obstante, lo más llamativo no era dicho disfraz en sí mismo, sino el modo en que la marquesa lo lucía.

Para la ocasión le pidió a Jane que le dejara el cabello suelto, aunque la doncella, tratando de evitar el escándalo le hizo un semi recogido que dejaba gran parte de su abundante cabello suelto.

A pesar de que Lucius lo había visto suelto cada noche desde su matrimonio, cuando iba a su dormitorio a desearle buenas noches con un beso en la frente, pareció sorprenderse al verla.

—Querida estás... —titubeó, buscando la expresión correcta—, espectacular. No voy a poder dejarte sola ni un minuto.

Ella rio encantada, más que por el piropo, por la expresión en el rostro de su esposo.

La fiesta se celebraba en uno de los reservados del parque, pero cuando lo atravesaron para llegar a él, Alice se dio cuenta que se estaba celebrando otra fiesta menos exclusiva. Las mujeres que danzaban no eran propiamente damas, a juzgar por el atuendo poco convencional y el maquillaje de sus rostros. Los caballeros, en cambio, eran asiduos a los bailes que Alice y Lucius frecuentaban.

— Lucius, ¿qué clase de fiesta...?

Su marido la cortó antes de que terminara la frase.

— Es un baile de cortesanas. Supongo que ellas también están celebrando el final de la temporada.

—¿Las conoces?

Él comprendió la pregunta más allá de las palabras. Se detuvo y la miró con fijeza, escrutando su rostro. Era tan hermosa y le estaba costando tanto respetar la palabra que le había dado para que su matrimonio se consolidara antes de intimar...

—No mantengo ni he mantenido, desde hace mucho tiempo, a ninguna amante.

—¡Gracias!

—Te prometí respeto y yo siempre cumplo mis promesas.

Ella sonrió, pero la tristeza de su corazón impidió que fuera una risa sincera.

Alice bailó con tantos caballeros que perdió la cuenta. Tan solo pudo estar unos minutos con su esposo porque inmediatamente era solicitada por otro hombre para que bailara con él. Tras dar vueltas y vueltas en la pista de baile, se excusó con el siguiente caballero que fue a pedirle la pieza. No supo de quien se trataba porque su máscara le cubría todo el rostro, y se alejó buscando aire fresco.

Casi sin darse cuenta terminó en las lindes de la fiesta de cortesanas y,

aunque al notarlo se dio la vuelta para alejarse, no lo hizo con la suficiente rapidez, ya que fue vista por una de ellas.

La mujer tenía el cabello rojo más escandaloso que ella hubiese visto jamás. Sus ojos brillaban como esmeraldas y sus labios, pringados de afeites, tenían el tono de un rubí.

—Buenas noches, marquesa. ¿Tan aburrida es la fiesta de al lado que os habéis planteado dejarla para acompañarnos a nosotros?

Alice se sorprendió de que supiera quien era con la máscara puesta.

—Le ruego me disculpe. Tan solo buscaba un poco de aire.

La mujer la miró sonriente.

—Por supuesto, milady.

Alice la observó con detenimiento y antes de que pudiera censurarse a sí misma, una idea invadió su mente borrándole de un plumazo el sentido común.

—Es usted una cortesana, ¿verdad?

La mujer rio y Alice comprendió que la pelirroja había estudiado al milímetro su alegría para despertar el interés de los hombres.

—Así es. ¿Por qué? ¿Le parece escandaloso estar hablando conmigo?

—Lo cierto es que, si no tiene inconveniente, me gustaría hacerle unas preguntas.

—¿Pregunte, por favor?

—¿Qué ha de hacerse para seducir a un hombre?

La mujer parpadeó entre sorprendida y preocupada. No tenía la más remota idea de qué hacer a continuación. Estaba hablando con una dama a la que no debería de haberse acercado jamás. Una marquesa cuyo marido era uno de los nobles más ricos y respetados de toda Inglaterra.

No obstante, Kitty Dupre no era una cortesana más. Ella se había ganado su estatus a base no solo de belleza, sino de inteligencia y no contestar a la marquesa de Hawkscliffe sería el acto propio de un necio, no de alguien con su intelecto.

—Creo, milady, que lo mejor, dado que la conversación va a extenderse, es que tomemos asiento.

—¿Va a responderme?

—Por supuesto, milady. Yo jamás le negaría mi ayuda a ninguna mujer.

Capítulo 13

El marqués de Hawkscliffe había perdido a su esposa. Un minuto antes estaba danzando con Lord Suffolk y dos minutos más tarde había desaparecido de su campo de visión.

Preocupado la buscó cerca de la mesa de las bebidas, pero no dio con ella.

Estaba a punto de preguntar a sus amigas cuando la vio, estaba apartada con una copa de champagne en la mano, hablando con Lord Burns. El muy estúpido debía de creer que al llevar la cara cubierta al completo por la máscara no era reconocido, pero su pose de estirado lo delataba.

No fue capaz de reaccionar. Se quedó allí parado observándola mientras la rabia le bullía estómago arriba hasta convertirse en un nudo que le atenazaba la garganta.

Antes de ser consciente de lo que hacía se encontró cara a cara con el barón.

— ¡Burns! Me sorprende verte aquí — comentó Lucius.

— ¿Por qué, Hawkscliffe?

— Creía que eras demasiado convencional para asistir a este tipo de bailes.

El insulto fue deliberado y Alice se llevó la mano a la boca para acallar un

jadeo de sorpresa.

— Pues como puedes comprobar te equivocaste al juzgar mi carácter.

— No lo creo. El baile de los Halse es otra prueba a mi favor.

Burns miró a la marquesa, asombrado, y se fijó en el modo en que ella había enrojecido. Recordaba haber asistido a ese baile y también la invitación de Lady Alice para dar un paseo por el jardín y cómo una vez allí ella se había mostrado interesada en algo más que en pasear. La aparición del propio Hawkscliffe propició que pudiera retirarse sin problemas.

Aunque en ese momento no se dio cuenta, ahora sí que podía comprender el afán posesivo del marqués; por aquel entonces ya estaba interesado en la dama.

— Supongo que te refieres al delicioso paseo que di con tu esposa — provocó.

— Creo que lo más inteligente es que vayas a ofrecerle tus servicios como camarero a otra dama. Si no recuerdo mal se te da muy bien.

— ¡Lucius! Por favor — rogó Alice. Se sentía tan incómoda que temblaba como una hoja.

— Si me disculpa, milady — le tomó la mano y se la besó — , creo que lo mejor es que me retire.

— Buenas noches, barón.

Ninguno de los dos habló hasta pasados unos minutos, que ambos

aprovecharon para ordenar sus pensamientos.

— No puedo creer lo que has hecho. ¿Por qué has tratado de avergonzarme? Creía que habías prometido respetarme.

— ¿Avergonzarte, querida? No lo creo. Lo único que he hecho ha sido recordar una escena similar.

Alice le lanzó una mirada fulminante, pero Lucius no pareció ni un ápice arrepentido.

— Me gustaría regresar a casa ahora.

— ¿Sin haber bailado con tu esposo? No, querida. Primero cumpliremos con lo que se espera de unos recién casados.

Sin añadir nada más, la asió de la mano y tiró de ella hasta la pista de baile. Una vez allí la pegó a su cuerpo, más de lo que permitían los buenos modales y comenzó a dar vueltas con ella entre sus brazos.

La marquesa estaba tan enfadada y decepcionada que no fue capaz de disfrutar de la cercanía de su esposo.

Lucius trató de iniciar una conversación, pero ella se negó a mantenerla por lo que al final bailaron en silencio. Cuando terminó la pieza el marqués anunció que ya podían marcharse. Y aunque a Alice la inocente frase le pareció una promesa, lo cierto era que había perdido el humor.

Capítulo 14

Hawkscliffe estaba a punto de pedir un caballo y seguir el viaje en una montura. Su esposa había cortado cualquier posibilidad de disculpa por su actitud de la noche anterior. Nada más acomodarse en el carruaje en que viajaban para instalarse en Chatsworth House, el hogar de su familia, Alice había fingido un intenso dolor de cabeza y había cerrado los ojos.

Ante semejante actitud, el marqués no pudo ofrecerle sus ensayadas disculpas ni gozar de su compañía.

Una pena que sus celos le hubieran jugado una mala pasada la noche anterior y se viera ahora impedido para llevar a cabo sus planes a fin de congraciarse con su mujer.

Sin poco más que poder hacer, se dedicó a observarla. Alice vestía un sencillo vestido de viaje y se había quitado el sombrero, que descansaba a su lado en el asiento; y al hacerlo, unos rizos oscuros habían escapado de su recogido deslizándose por su esbelto cuello.

Tenía un cutis perfecto y sus pestañas eran tan largas y espesas que, al cerrar los ojos, chocaban contra su piel.

Notó cómo su cuerpo reaccionaba a ella. Llevaba demasiado tiempo deseándola, pero necesitaba hacer las cosas bien.

Quería que ella lo amara antes de que se le entregara. El asunto sonaba

absurdo, incluso para él. Siempre había creído que el amor era más una carga en el matrimonio que una necesidad. Y, sin embargo, en esos instantes se encontraba consigo mismo suspirando por el afecto de su esposa.

Tuvo que despertarla cuando el carruaje se detuvo en la posada.

— ¿Por qué paramos? — inquirió ella con la voz pastosa por el sueño.

— Vamos a pasar la noche aquí — anunció Lucius — . Mañana por la mañana retomaremos el viaje.

Alice no había contado con que hicieran una parada en su camino. Inocentemente creyó que viajarían de Londres al condado de Hertfordshire sin paradas ni demoras.

Cuando atravesaron el umbral, el posadero se deshizo en halagos y les dio su mejor habitación según oyó el nombre. Lucius pidió que les subieran la cena y escoltó a su esposa arriba. Antes de que pudiera preguntarle nada, abandonó la estancia y regresó media hora más tarde junto con la bandeja de la cena.

Tras una comida fría, pero deliciosa, Jane la ayudó a cambiarse.

Su esposo había vuelto a abandonar el dormitorio, por lo que Alice ni siquiera se planteó que fueran a compartirlo.

Decidida a seguir con su enfado un poco más de tiempo, se metió en la cama. Estaba cubriéndose con las mantas, cuando la puerta se abrió.

— Lucius, ¿qué haces aquí? Creí que ya me habías dado las buenas

noches.

— Esta noche no, querida. Esta noche vamos a compartir cama y alcoba.

—¿Vas a acostarte aquí?

—Así es.

—¿Por qué?

—Porque no hay otra habitación disponible en toda la posada. La temporada ha finalizado y la nobleza en pleno regresa a sus hogares en el campo.

—¡Oh!

—No te preocupes, esposa, no te voy a tomar en una posada de mala muerte —anunció al tiempo que comenzaba a desnudarse.

—¿Qué haces, Lucius?

—Prepararme para dormir, Alice. ¿Tienes intención de interrogarme por cada cosa que haga? Sinceramente, querida, empieza a resultarme molesto —dijo más seco de lo que hubiera deseado. El problema era que se sentía frustrado.

Notó como su esposa paseaba la mirada por su torso desnudo y sus hombros. La vio enrojecer y se imaginó que estaba tan ansiosa como él por acogerle. La idea acudió a su mente tan vivida que su cuerpo reaccionó de inmediato.

Antes de que ella pudiera preguntar algo sobre el bulto de sus pantalones

se metió en la cama con los calzones puestos, para no herir su tierna sensibilidad.

—Buenas noches, esposa.

—Buenas noches, Lucius.

En esa ocasión no hubo beso en la frente y Alice casi que lo agradeció. Sentía el calor que desprendía el cuerpo de su esposo y su cercanía la tenía tan alterada que apenas podía respirar. Su marido era un hombre apuesto, siempre lo había sabido. Lo que desconocía era la cantidad de piel que se escondía bajo sus almidonadas camisas.

Tuvo que controlarse para no estirar la mano y comprobar si era tan cálida y suave como parecía.

Inmediatamente recordó los consejos de Kitty, pero se detuvo al recordar que Lucius tenía razón. Estaban en medio de ninguna parte. Lo mejor era esperar a llegar a casa. Había esperado tanto que qué más daba un día más.

Capítulo 15

«Martin, sabes que yo nunca he sido una cobarde, pero si me vieras ahora te avergonzarías de mí».

Fragmento de una carta no enviada de Lady Alice Alvanley a Lord Martin
Alvanley.

Ese día fue Lucius el que cayó fulminado por el sueño en cuanto se sentó en el carruaje.

Se había pasado la noche en vela ideando multitud de maneras distintas de dar placer a su mujer, lo que le había provocado insomnio y una posterior migraña que pretendía calmar en cuanto el carruaje se pusiera en marcha y fuera capaz de conciliar el sueño.

Estaba tan agotado, que acabó por perder el conocimiento. Cuando se despertó, estaban a tan solo media hora de su destino.

— Has dormido todo el viaje. ¿Te sientes bien? — preguntó su esposa.

Alice parecía haberse olvidado de su enfado por lo sucedido en Vauxhall, por lo que Lucius decidió que la siesta le había aportado muchos beneficios.

— Perfectamente. Gracias por preguntar.

Ella asintió y volvió a dedicar su atención a mirar por la ventana.

— Estoy seguro de que te gustará tu nuevo hogar — apuntó, cansado del

silencio.

— Lucius, si no te importa me gustaría hablar contigo de un asunto importante — se dio cuenta de que fuera lo que fuera lo que deseaba tratar su esposa, era algo que la tenía preocupada.

— Por supuesto, querida. Llegaremos a casa en unos diez minutos.

— Tengo tiempo. Lo que he de decirte no me llevará más que dos, tres minutos a lo sumo.

— Tú dirás.

Alice respiró profundamente para armarse de valor antes de atreverse a decir lo que pretendía.

— Deseo que compartamos dormitorio.

Su esposo parpadeó asombrado, pero ella no le dio tiempo a que se negara, sino que retomó la explicación.

— Sé por Jane que los criados de Londres han estado cuchicheando por ese motivo, y dado que vamos a pasar gran parte del año en Chatsworth House, me gustaría que, al menos al principio de nuestro matrimonio, nos comportáramos como unos recién casados.

Lucius cerró los ojos al recordar la maldita noche que había pasado. Tenía a su esposa, a la mujer que amaba, al alcance de la mano, pero no había podido tocarla. Su cuerpo había estado tan en tensión que le dolía cada músculo.

— Si es lo que deseas.

Ella asintió.

— Gracias, Lucius — dijo con una sonrisa radiante.

Contenta porque su plan hubiera comenzado bien se levantó y se sentó a su lado en el asiento. Sin dejar de sonreír se inclinó sobre él y le dio un beso rápido en los labios.

— No, Alice. Eso sí que no.

Ella enrojeció al escuchar la crítica.

— A los esposos no se les besa de ese modo tan impersonal — censuró — , a los esposos se los besa así.

Aplastó su boca contra la de ella y en seguida notó que Alice se abría para él. Su lengua, victoriosa conquistó cada recodo, cada suspiro, que encontró en su camino.

Ansioso por tenerla más cerca, hizo que se sentara sobre su regazo. Sintió su trasero sobre su urgente erección y se supo perdido. Sin poder contenerse, sus manos se colaron en su escote. Con habilidad le bajó el corpiño dejando sus senos al descubierto. Ella ahogó un grito de sorpresa, pero no se apartó temerosa, y Lucius aprovechó el momento para meterse un delicado pezón en la boca.

Su esposa suspiró y echó la cabeza hacía atrás, dejándole acceso a su cuello y clavículas. Desesperado por llegar a todo lo que se le ofrecía, se

dispuso a torturar el otro pezón con los dedos, presionando y acariciando.

Estaba tan absorbido por ella que le costó darse cuenta de que el carruaje aminoraba la velocidad. Unos instantes después notó que el carruaje se detenía por completo, por lo que, a toda prisa, trató de recomponerle la ropa a su esposa antes de que la puerta del carruaje se abriera.

Alice estaba sonrojada y despeinada. Y él estaba seguro de que Hobson tendría a los sirvientes perfectamente alineados a las puertas de Chatsworth House para presentarle sus respetos a la nueva marquesa de Hawkscliffe. Su mayordomo era devoto de las formalidades, incluso para estar en el campo.

—¡O h! ¡Dios mío, Lucius!

El sonrió divertido. Su vida había cambiado tanto desde que Alice estaba en ella que apenas podía reconocerse.

—No te preocupes, querida. Estoy seguro de que después de que los criados nos vean bajar del carruaje a ninguno se le va a ocurrir dudar de nuestro amor — comentó con una sonrisa tan despreocupada que Alice se quedó con la boca abierta unos segundos.

¿Desde cuándo Lucius era tan despreocupado?

Capítulo 16

«Martin soy tan feliz que tengo miedo de que esto se acabe. Ojalá estuvieras aquí».

Fragmento de una carta no enviada de Lady Alice Alvanley a Lord Martin
Alvanley.

El recibimiento de los criados en Chatsworth House fue tan inesperado como acogedor. Tanto el mayordomo como el ama de llaves se esforzaron para hacerla sentir en casa. Alice había escuchado hablar de criados que temían perder el control de sus casas cuando aparecía una nueva dueña, pero la suerte la había favorecido, porque la señora Adams parecía más que dispuesta a ofrecerle sus conocimientos y su ayuda para que su hogar funcionara a la perfección.

Del mismo modo, si alguno de ellos se sorprendió cuando Lucius pidió que llevaran sus baúles al dormitorio de la marquesa, no lo demostraron.

Alice todavía estaba nerviosa por lo sucedido con Lucius en el carruaje. Tanto que evitaba mirarle para que no notara lo mucho que había disfrutado con sus atenciones.

Las damas bien educadas no permitían que sus esposos se tomaran tantas libertades en un carruaje y, aunque ella no pretendió nunca ser esa clase de

mujer, pendiente de las normas y del decoro, sabía que Lucius sí que valoraba esos detalles, por lo que se estaba esforzando por no defraudarle.

El interés de la señora Adams por mostrarle su nuevo hogar la mantuvo alejada de su esposo durante el resto del día. Ni siquiera se vieron a la hora de comer, ya que este salió con su administrador para ver a sus arrendatarios, a los que no veía desde que se marchó para asistir a la temporada de Londres.

Entre asuntos pendientes de una y de otro, no volvió a ver a Lucius hasta poco antes de la cena.

Ella entró en su alcoba cuando él estaba tomando un baño.

— ¡Oh! Lo siento.

Lucius sonrió.

— Querida, has sido tú la que ha decidido que debemos compartir alcoba. Vas a tener que acostúmbrate a verme en ella.

— Lo sé. Es solo que... No me lo esperaba.

Se dirigió al tocador y comenzó a quitarse las horquillas sin saber muy bien qué hacer. Era la primera vez que tenía que compartir dormitorio y, en su inocencia, Alice había creído que se trataba solo de dormir en la misma cama.

Escuchó el ruido del agua, y vio a través del espejo cómo su marido se ponía de pie y aceptaba la toalla que le tendía su ayuda de cámara. Se puso tensa, «de dónde ha salido ese hombre», se dijo; «y por qué mi esposo tiene un cuerpo tan musculoso y terso si no hace trabajos manuales».

— Querida, te dejaré a solas para que puedas cambiarte — anunció con una bata de color vino.

— Gracias.

— Te veo en la cena.

La cena fue un completo desastre. Alice estaba tan nerviosa por lo que tenía pensado decirle a Lucius, que apenas fue capaz de comer nada. Sentía los nervios en el estómago y las náuseas eran tan intensas que llegó a pensar que el amor era horrible por hacerla sentir tan mal.

Cuando Lucius le dijo que iba a retirarse a fumar, ella se armó de valor:

— No tardes, demasiado, por favor. Voy a estar esperándote.

—¿ Te estás refiriendo a lo que yo creo?

Alice asintió.

— No deseo esperar más. Yo... Te amo — agachó la cabeza y bajó la mirada, demasiado avergonzada como para ver la expresión de su esposo ante tal confesión.

Notó las manos de Lucius tratando de alzarle el rostro.

— ¿Puedes repetirlo?

Ella rio histérica.

— ¡No!

Él también sonrió.

— Y si te digo que yo también te amo.

Alice se encogió de hombros feliz.

— Entonces sí, te amo, Lucius y no deseo esperar para ser verdaderamente tu esposa.

El marqués tardó dos segundos en reaccionar. Con un rápido movimiento la levantó de la silla del comedor y se la acomodó en los hombros, impasible al asombro de los criados que se encontró en su camino hasta el dormitorio.

— ¡Dios mío, Lucius! ¡Bájame! ¿Qué van a pensar de nosotros los criados?

— Lo que quieran. No me importa.

Abrió la puerta, cruzó el umbral a toda prisa y depositó a su esposa sobre la cama.

— Alice, tienes dos minutos para deshacerte de eso — señaló su vestido — , si no lo haré yo mismo.

Y antes de que ella pudiera pedirle más tiempo abandonó el dormitorio.

Alice dio gracias al cielo cuando Jane entró en el dormitorio tratando de esconder una sonrisilla.

— Jane, corre.

— No se preocupe, milady.

Cinco minutos más tarde, Hawkscliffe cruzaba la puerta que separa ambos

dormitorios con una bata como único atuendo.

Sonrió complacido al ver que ella había seguido sus instrucciones. Ni siquiera se había puesto su propia bata, sino que su delicioso cuerpo estaba cubierto únicamente por el camisón.

— Eres preciosa — musitó él, sin decidirse a acercarse.

— Estoy nerviosa.

— No tienes por qué. Me amas, ¿recuerdas?

Ella sintió y Lucius perdió por completo el juicio. Cubrió la distancia que lo separaba de ella y la besó. La pasión que había estado manteniendo a raya esos últimos días, se apoderó de él, y aunque una parte de su mente le aconsejaba contenerse, otra parte no quería escucharlo. La besó intensamente; su lengua conquistó y se apoderó de la boca de Alice. Que ella le devolviera el beso con el mismo fervor acabó con el poco dominio de sí mismo que le quedaba, de modo que deslizó una mano hacia su pecho, hacia su muslo...

Cuando le levantó el camisón, ella le clavó los dedos en el pecho, pero no se quejó ni lo detuvo, ni tampoco lo hizo cuando le pasó la prenda que le molestaba por la cabeza y la dejó desnuda junto a él. Al sentir el roce de sus pezones contra el vello del pecho de su marido, el contacto de sus piernas contra las de ella, Alice sintió un deseo enorme, y se apretujó más contra él, llena de una necesidad desconocida que la abrumaba.

Los labios de Lucius, los dedos con los que le presionaba los pezones, la

mano con que le acariciaba los pechos la volvían loca. La experiencia en el carruaje había sido satisfactoria y sensual, pero lo que su esposo estaba haciendo con ella esa noche era... tan intenso que la asustaba y la mantenía impaciente al mismo tiempo.

Él le acarició con los dedos el vello rizado de la entrepierna, y unos escalofríos de placer le recorrieron el cuerpo.

Insegura, pero incapaz de contenerse, alargó la mano hacia el miembro rígido que yacía entre ambos, y se estremeció al oír cómo su marido gemía de placer cuando lo tocaba, vacilante. Lucius le cubrió la mano con la suya y le enseñó los movimientos que le gustaban más.

—Eres tan sensible a mis caricias —musitó sobre la piel de su cuello.

Introdujo un dedo en su interior y ella se arqueó, jadeante.

La tumbó boca arriba, se deslizó entre sus muslos y la acarició con los dedos para excitarla, asegurándose de que estuviera a punto para recibirlo. Cuando ella empujó su cuerpo hacia arriba para profundizar su contacto, la besó apasionadamente y se situó bien. Una vez estuvo en contacto con la abertura de su cuerpo, se fue desplazando hacia delante con movimientos suaves, y la lentitud con que se introducía en ella lo volvió medio loco. El placer que sintió al penetrarla así, centímetro a centímetro, fue tal que pensó que no le habría importado morir entonces.

Pero al alcanzar la fina barrera de carne que le impedía avanzar más,

vaciló, preocupado de lastimarla.

—Puede que te haga daño —murmuró en los labios de Alice—. Pero solo será esta vez.

—Lo sé —contestó ella— me lo dijo Kitty.

Lucius parpadeó, desconcertado.

—¿Quién es Kitty?

—Una cortesana.

—¿Qué demonios...?

—¿Puedo contártelo más tarde? —pidió, asiéndose a sus hombros y empujándose hacia él.

Lucius asintió, con los ojos cerrados. Tratando de contenerse.

El movimiento de ella acabó con el poco control que le quedaba. Volvió a besarla a la vez que superaba con un empujón el obstáculo y la penetraba por completo. Y entonces, envuelto en su calidez sedosa, rodeado por los brazos delgados de su esposa, gruñó de placer.

Cada vez que él se movía para penetrarla, un escalofrío de placer le recorría el cuerpo y la obligaba a retorcerse bajo su cuerpo. Mientras se movían juntos, una dulce agonía le recorrió el cuerpo. Soltó un grito ahogado, al notar una explosión de placer en su interior.

Lucius, dentro de ella, notó cómo había llegado al clímax, y con un escalofrío perdió el poco control que había conservado hasta entonces. Con un

último movimiento, alcanzó el éxtasis con ella.

Ambos se mantuvieron en silencio unos minutos recuperándose.

Finalmente, Lucius rompió el silencio.

—De acuerdo, querida, ahora es el momento perfecto para que me digas quién es Kitty y por qué conoces tú a una cortesana.

Ella rio y se alzó sobre su brazo para darle un suave beso.

—¿Estás seguro de que ha de ser ahora, esposo? Hay algo que me contó Kitty que me gustaría mucho experimentar.

Alice volvió a besarlo, solo que en esta ocasión el beso fue un poco más largo.

El marqués gruñó, contrariado consigo mismo.

—¿Y qué fue lo que te contó la tal Kitty?

Ella enrojeció antes de responder.

—Era algo sobre besos. Besos... en otras zonas distintas a los labios.

Lucius abrió los ojos sorprendido.

—Tienes razón, esposa, tus explicaciones pueden esperar. —Se lanzó sobre ella dispuesto a cumplir con lo que se esperaba de él.

Epílogo

Un año después...

«Se espera que esta Temporada supere a la anterior en cuanto a bodas por amor se refiere. Esta que suscribe confesará que, dado el éxito sin precedentes del año anterior, sus pensamientos son menos optimistas. De cualquier manera, estaremos al acecho para contarles cualquier noticia al respecto».

Revista Secretos de Sociedad.

Era el primer baile de la temporada y, aunque Alice notaba las significativas ausencias de Brianna y Marcus, quienes se habían quedado en Kent debido al avanzado estado de gestación de la duquesa, también se había topado con que esta traía nuevas amistades. Las hermanas del vizconde de Edgehill estaban siendo presentadas y, como cuñada de la vizcondesa, esta le había pedido ayuda para que las gemelas fueran las favoritas de la alta sociedad.

Agnes y Sofia eran encantadoras, y tan hermosas que Alice no dudaba de su éxito.

La primera vez que las vio no pudo evitar sentir un nudo que le atenazaba la garganta. Ella y Lucius las visitaron de camino a su luna de miel. Su esposo la había llevado a París de compras y Alice no podía estar más contenta y agradecida.

Las vio sentadas al piano. Mientras Sofia tocaba, Agnes, con un libro en las manos, le pasaba las hojas de la partitura a su hermana al tiempo que pasaba las suyas propias.

— No tengo ni idea de cómo lo hacen — había dicho Caroline.

Alice sí que lo sabía, pero se mantuvo en silencio observándolas.

Cada una dedicada a sus asuntos y, al mismo tiempo conectada a las necesidades de la otra.

— Alice, ¿te sientes mal?

Ella había negado con la cabeza y había salido del salón buscando los brazos de Lucius para que la consolara.

Y esa noche, meses después, volvía a verlas juntas. Y aunque cada una de ellas bailaba con un caballero distinto, parecía como si pudieran comunicarse con la mirada.

— ¡Alice! — saludó una feliz Victoria.

Ambas damas se abrazaron sin importarles las miradas reprobatorias de la sociedad.

— Torie, estás preciosa.

Ella sonrió, encantada.

— Tú también. Debe de ser que somos felices. ¿Dónde está Caroline?

Alice rio, encantada por lo que estaba a punto de decir.

— Ejerciendo de madre con hijas casaderas. — Señaló la zona en la que su cuñada se mostraba extremadamente amable con las encargadas de encumbrar o relegar a una debutante.

— No me lo puedo creer — la risa se escuchaba en las palabras de la mujer — . ¿Estás segura de que es nuestra Caroline?

— Lo sé, el amor obra milagros. Esa es la misma mujer que cambió la temporada el año pasado por clases de pintura en Florencia.

— Y que lo digas.

— ¿Qué tal está Brianna? La última vez que me escribió me dijo que el embarazo estaba yendo de maravilla.

— Así es. No ha tenido ningún malestar. No hay duda de que es una afortunada.

Seguían intercambiando impresiones cuando los caballeros se les acercaron. El vizconde preguntó por su esposa y se sorprendió cuando le dijeron que estaba hablando con las matronas más influyentes buscando invitaciones de Almack's para sus cuñadas.

— No comprendo por qué es tan importante ser invitado a Almack's. Es viejo y huele raro — se quejó Phillip.

— Menos mal que las niñas tienen a Caro — bromeó Victoria.

La noche fue maravillosa para todos. Las gemelas brillaron, tal y como la familia había esperado, y los reencuentros fueron emocionantes.

De regreso a casa, en el carruaje, Lucius le confesó a su esposa que tenía un regalo esperándola en casa.

— ¿Qué es?

— Vas a tener que esperar un poco. Ya estamos llegando.

Alice no pudo dejar de pensar en la sorpresa durante el resto del trayecto. Le lanzó a su marido miles de preguntas, tratando de averiguar de qué se trataba, pero Lucius estaba decidido a que fuera una sorpresa.

Una vez en casa, Lucius le pidió que fuera hasta su saloncito, ya que el regalo la estaba esperando allí.

Sin acordarse de sus pies doloridos por el baile, la marquesa salió disparada. Cuando llegó a su salón vio, encima de su sillón favorito, una cesta de mimbre cubierta con una mantita rosada.

—¿Me has regalado una cesta de picnic? —preguntó sorprendida.

Lucius rio divertido.

—¿Por qué no te acercas a ver lo que tiene dentro?

Alice comenzó a llorar al escuchar un suave quejido que salía de su regalo. Miró a su esposo y se abrazó a él, sollozando cada vez más fuerte.

Adoraba a ese hombre, y lo hacía por miles de motivos, porque la conocía mejor que nadie en el mundo, porque le demostraba su amor cada día, porque la apoyaba en todo lo que hacía y porque la retaba para que fuera mejor. Igual que estaba haciendo en esos instantes, retarla, empujarla a superar sus

temores.

—¿No vas a abrir tu regalo?

Alice asintió y aceptó el pañuelo que su esposo le tendía. Se secó las lágrimas y se encaminó, tímida hacía la cesta.

La cesta volvió a emitir un quejido, y ella se armó de valor para destaparla. La manta rosada cubría la carita pelirroja de un precioso gatito de no más de dos meses.

Ella lo sacó con manos temblorosas y se lo llevó al pecho. Notó la presencia de Lucius tras ella.

—He pensado que ya era hora —anunció—. Por fin has aceptado que lo que le sucedió a Martin no fue culpa tuya, solo te quedaba superar tu animadversión por los gatos.

Ella se dio la vuelta para mirarle, todavía con el gato en brazos.

—Tengo algo que confesarte —dijo Alice con una sonrisa tímida—, nunca los odié.

Él le devolvió la sonrisa y le dio un beso cálido en los labios.

—Querida, yo también tengo algo que confesarte —hizo una pausa dramática—: ya lo sabía.

La marquesa abrió los ojos desmesuradamente antes de reír.

Hawkscliffe los abrazó a ambos, a ella y al gatito.

—Te va a llenar de pelos la chaqueta y tu ayuda de cámara me matará.

Lucius le besó el cogote.

—Yo te defenderé.

—Te quiero, marqués.

—Y yo a ti, marquesa. Más de lo que nunca pude imaginar.

Sobre Olga Salar

Olga Salar. Nació el veintidós de enero de 1978 en Valencia. Se licenció en filología hispánica para saciar su curiosidad por las palabras al tiempo que compaginaba su pasión por la lectura.

Escribió su primera novela con una teoría, para ella brillante y contrastada, sobre lo desastroso de las primeras veces, Un amor inesperado (Zafiro. Planeta), y tras ella siguieron la biología juvenil Lazos Inmortales (Kiwi). En este mismo género acaba de publicar Cómo sobrevivir al amor (Planeta). Aunque ha sido en romántica adulta dónde ha encontrado su voz.

Es autora de Quédate esta noche (Kiwi), Íntimos Enemigos (Versátil), Una cita Pendiente (Versátil), Una noche bajo el cielo (Kiwi), Jimena no deshoja margaritas (Versátil), Solo un deseo (Zafiro. Planeta), Di que sí, con la que fue mención especial en el II Premio HQÑ Digital, He soñado contigo (Versátil), Romance a la carta (Versátil) Un beso arriesgado (HQÑ) e Igual te echo de menos que de más (Amazon), Kilo y $\frac{3}{4}$ de amor (Amazon), Deletréame Te Quiero (HQÑ), Contigo lo quiero todo (HQÑ), Duelo de voluntades (HQÑ), El corazón de una dama (HQÑ), La serie Edén (Amazon) y Te dije que no la tocaras más (Amazon).

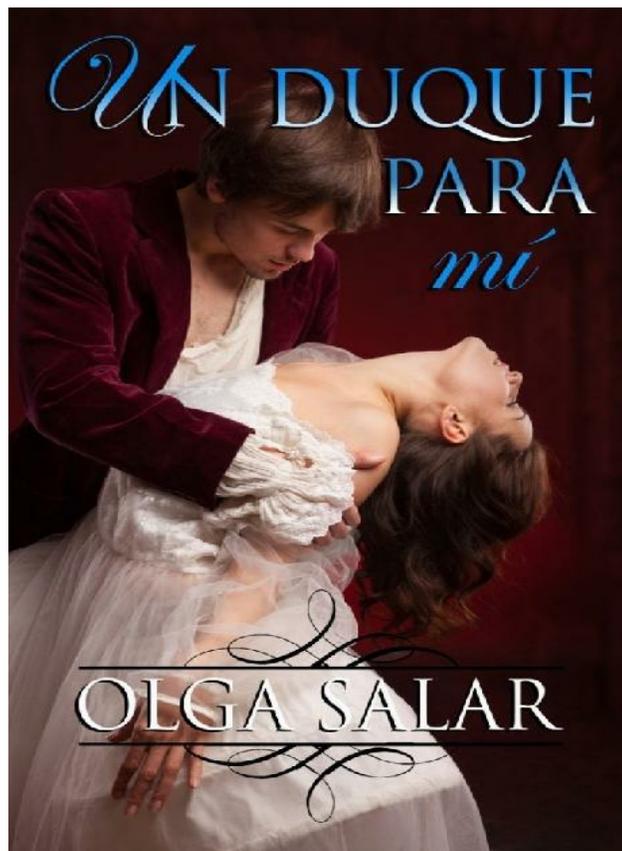
[Para conocer todas sus obras, pincha aquí](#)

Otras obras de la autora

**Un duque para mí.
Serie Nobles nº 1**

Marcus Middlethorpe, duque de Rothgar, está decidido a evitar a las matronas que sueñan con casarlo con sus aburridas hijas. Con ese fin, ha trazado un plan que está seguro de que no puede fallar. Con lo que no ha contado es con el carácter de la dama que necesita como cómplice para que dicho plan tenga éxito.

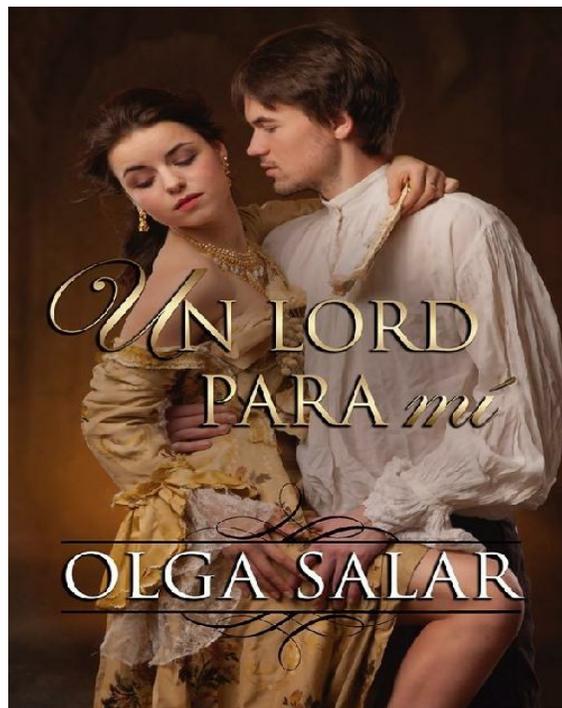
Lady Brianna Warwick no desea ser cortejada falsamente para cubrir apariencias. Ella está dispuesta a apostar fuerte y a arriesgar todo cuanto posee, si con ello consigue lo que su corazón ansía: el amor de cierto duque huidizo que la saca de quicio y le acelera la respiración.



Un lord para mí.
Serie Nobles nº 2

Lady Victoria Warwick ha estado enamorada del mismo caballero desde que supo lo que era el amor, a pesar de que el caballero en cuestión prefiera a su hermana mayor, a pesar de haberlos visto besarse...

Lord Sebastian Middlethorpe estaba decidido a disfrutar un par de años más de su soltería, hasta que se dio cuenta de que cierta dama se había dado por vencida y no tenía en mente esperarlo.



Un vizconde para mí Series Nobles N° 3

El sueño de Lady Caroline Whinthrope siempre había sido el de viajar a Italia para aprender las técnicas de pintura de los grandes maestros.

Tratando de complacerla, su hermano, el marqués de Hawkscliffe, le prepara la sorpresa como regalo en su vigésimo segundo cumpleaños. El problema es que el viaje no podría haber llegado en peor momento, justo cuando acaba de prometerse al hombre que ama.

Respaldada por él, ambos deciden mantenerlo en secreto para que Caroline pueda cumplir su sueño.

Lo que esta jamás hubiera imaginado era que se vería obligada a volver a toda prisa de Italia para evitar que su prometido cortejara a otra dama.



Igual te echo de menos que de más.

Cuando Olimpia se da de bruces con su pasado, presiente que sus problemas no han hecho más que empezar. Allí estaba él, mirándola fijamente con sus ojos negros, sin previo aviso y más atractivo todavía de lo que recordaba. Y Olimpia que creía que lo había superado...

Como ella es una optometrista de lo más profesional, está dispuesta a probarse todas y cada una de las lentes correctoras que ha ido acumulando a lo largo de los años: las de los “sueños rotos”, las de la “venganza”, las de la “solitaria estabilidad” y las de “la ilusión”. Pero no se decide a probar esas que llevan por marca “Dale Otra Oportunidad”.

Menos mal que en esta montaña rusa que es la vida estará acompañada por sus estupendos jefes, Gerardo y Arturo, parientes de “su pasado”, su inseparable amiga Lola, quien sufre el ataque de las malditas hormonas, y su hermano Nico, un Dj enemigo de la pena que está deseando poner ritmo a la banda sonora de su futuro.



Kilo y $\frac{3}{4}$ de amor.

Gabrielle sabe que los zapatos sientan bien a todas las mujeres, tengan la talla que tengan. Que calzada con unos stiletos cualquier chica puede sentirse capaz de comerse el mundo y, que las zapatillas adecuadas tienen el mismo efecto que un tacón de diez centímetros. Por ello ha escogido diseñar zapatos como medio de vida y, gracias a esa pasión que siente por lo que hace, su sello se ha convertido en la marca recurrente de millones de mujeres en todo el mundo.

Ahora está decidida a conquistar a la otra mitad de la población: los hombres. Y para ello necesita al modelo perfecto que encarne esa filosofía de vida que impregna sus diseños.

El problema es que se niega a mezclar el trabajo con el placer y, su nuevo modelo, está hecho para ser la horma perfecta de su zapato.



Te dije que no la tocaras más

La vida de Darcy Lauren da un giro de ciento ochenta grados el día que toma la decisión de divorciarse. A pesar de tener las cosas claras y de la rapidez con la que retoma su vida, su capacidad para crear historias de amor se ve mermada por ese desengaño que le ha roto el corazón.

Buscando reencontrarse con las musas, se esconde en el pequeño pueblo de Irlanda de donde procede su familia y se topa con que las traviesas divinidades, en un intento por restituir su inspiración, le han enviado a la única persona que puede devolvérsela.

